

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas Modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó

de Crochet. Precio de la suscripción 7 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—Un plagio femenino.—Teatro del Balon.—Modas de París.—Explicación de la hoja de patrones y bordados.—Idem de los figurines.—Las siete virtudes capitales, por D.ª Robustiana Armiño de Cuesta.—El Crepúsculo, por D. José Selgas y Carrasco.—Eiztari-Belza, leyenda por D. J. M. de Goizueta.—Año nuevo, por D. Emilio.—Revista de Madrid, por D. S. de Mobellan.—La Hipocresía del vicio, comedia de D. Manuel Breton de los Herreros.—Nuevo manual de señoritas.—Geroglífico.

LÁMINAS.—Figurines para vestidos de señoras.—Idem de adornos.—Dibujo de tapicería en colores.—Patron doble con dibujos para bordados.

UN PLAGIO FEMENINO.

En el penúltimo número de nuestro periódico digimos, y hasta hemos creído demostrar, que la única diferencia positiva que existe entre *hurto* y *plágio* es que el primero es penado por el código, cuando el segundo vive horro y exento de multas, de cárceles y de conminaciones. Mirada así la cuestión, no sabemos porqué no había de llamarse plágio todo lo que sea apropiarse lo ajeno, siempre que esta apropiación no esté espresa como prohibida en el texto de la ley. Vayan algunos ejemplos.

Ello es que hay mugeres que se pintan el rostro, es decir, que se engalanan con colores que no debieron á la naturaleza. Sin embargo, no existe ley alguna que prohiba tal cosa. Ergo, el colorete es un plágio. En efecto, el que hurta á un poeta unos versos y se los pone á sí propio, ¿no lo hace para aparecer ante el mundo como hombre de talento sin serlo en realidad? Y la muger que se embadurna el rostro, ¿no lo hace también para que la tengan

por hermosa siendo acaso un dragon? Por esas tales escribió Argensola aquel sabido soneto que principia:

Yo os quiero confesar, D. Juan, primero,
Que ese blanco y carmin de Doña Elvira
No tiene de ella mas, si bien se mira,
Que el haberle costado su dinero.

Y seguimos preguntando. ¿Hay alguna disposición en el código penal que impida á una muger el uso del ahuecador? Ninguna. No obstante, él nos dá telas por carnes. El miriñaque, por tanto, es legítimamente un plágio.

No faltan tampoco individualidades en el bello sexo, muy pocas si se quiere, pero las hay, que no tienen mas corazon que la estatua de Balbo. Ahora bien, como esta es parte que no puede suplirse con ahuecadores de empleita ni con almohadillas de algodón, dan á sus amantes, en vez de sentimientos, palabras; pero palabras que leyeron en alguna novela ó que oyeron en algun drama. Estas plagian el amor.

Habrás echado de ver que en los ejemplos aducidos nos hemos procurado recitar solo á las mugeres, á esa hermosa mitad del género humano, segun solemos decir, por mas que no esté probado que sea matemáticamente mitad, y mucho menos que sea siempre hermosa. Aquí la excepción suele hacer la regla. Pero no se entienda que hemos hablado así por flujo de satirizar al sexo, sino porque cumple á nuestro propósito en este caso, toda vez que vamos á denunciar otro hurto literario, hecho segun las señas, por blancas manos, y cuya publicidad ha quedado en conato,

merced á habernos constituido nosotros en policía literaria. El hecho es como sigue.

Ha muy pocos dias que por el correo y con sello de á cuatro cuartos recibimos una cartita, firmada al parecer por una señora, si bien en ella se nos manifestaba no ser aquel su verdadero nombre; en lo cual, por lo visto, habia algo de escrúpulo de conciencia ó tal vez de utilísima precaucion. Suplicábasenos en la dicha carta hiciésemos insertar en el presente número unos versos que incluía, disculpándose de remitirlos por el correo, toda vez que al llegar el repartidor del periódico á su casa ya no estaba en ella. El asunto, en su último término, quedaba reducido á cuatro cuartos, únicas costas del proceso. Desdoblamos el empollado pliego, esto es, el cuerpo del delito, y nos topamos de manos á boca, con una larga composicion que principiaba así:

"Yo ví, vecino al templo
De la Ciprina diosa,
A una driada hermosa
Que era en su baile ejemplo
De adoracion graciosa."

¡Tate! digimos. Estos versos han estado antes en otro cuerpo. La señora en cuestion debe de ser por lo visto algun palanquero á donde ha descendido el espíritu de Arriaza. Este es el idilio quinto del autor de otras poesías harto mejores que la presente.

En efecto, comparando verso á verso y hasta coma á coma una composicion con otra, no nos quedó duda de ser las dos una misma, ó mas claro, de ser esta copia exactísima de aquella. Arriaza habia vuelto al mundo con cocas y miriñaque.

Ahora bien, si V. incógnita dama, es real y verdaderamente lo que dice ser, y no es plágio tambien su sexo, permítanos que departamos un breve rato, como gente de razon. Puesto que con pujos de poetisa no halla en su cacúmen nada de propia cosecha, ¿por qué en vez de enristrar la pluma para escribir idilios no la enristra mas útilmente para tomar la cuenta al gallego?

Créanos. Una muger vale todo cuanto necesita valer cuando sabe hilvanar bien un corpiño ó coser con primor puntos de medias. Este es un lauro que nada pierde por ser casero. Aspiren algunas, como pueden, á ceñirse la corona de las musas; pero el mundo no exige tanto de todas: bástale con que lleven dignamente otra corona, la de desposada; y la que no sepa enseñar á sus hijos las reglas de la poética, sabrá enseñarles el Padre nuestro, que vale harto mas. Dios les ha dado en la tierra la sublime mision de ser los ángeles del hogar doméstico. Sus modestas virtudes tienen el poder de crear las costumbres. Esta es una gloria á que todas pueden aspirar. ¿Por qué pues ir á buscar otra bien dudosa plagiando versos de este ó de aquel poeta?

"Los que andais empollando obras de otros
Sacad pues á volar vuestra cria,
Os dirá cada autór: esta es mia,
Y veremos qué os queda á vosotros."

F. F. A.

TEATRO DEL BALON.

La Redoma encantada, comedia de magia en cuatro actos.

Años ha, y no pocos á fé, que por primera vez se puso en escena en Cádiz esta bella produccion de uno de nuestros primeros dramáticos contemporáneos, del Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, escritor de talento, de erudicion y de conciencia, profundo literato é insigne poeta á la vez. Esta obra, al aparecer en los repertorios, no fué considerada solo como una armazon de palabras propia para dar lugar á ciertas transformaciones, á ciertos vuelos, á ciertos juegos de luces, no se vió en ella en fin una comedia de magia cual las otras, esto es, una comedia en que todos los resortes dramáticos están en los escotillones ó en las bambalinas: vióse allí una produccion bien escrita, admirablemente versificada, llena de delicadas alusiones y abundante en pensamientos profundos; todo ello salpicado de gracias de muy buen género, que le imprimian el propio y

genuino carácter que á tales obras corresponde.

Pocas comedias presentan en su esposicion una originalidad mas picante. La escena es en un tejado de Madrid, palenque algo gatuno de los amores de Garabito con su infiel Pascuala, y lugar que se presta á la transformacion de aquel en la tia Marizápalos; archibruja y presidenta del aquelarre de Barahona, donde yacia encantado en una redoma el célebre marqués de Villena desde el año de 1434.

Las circunstancias del desencanto de este ilustre personaje no son ciertamente originales. D. Cleofas, en la antigua novela de *El Diablo cojuelo*, se sirve del mismo medio que Garabito con idéntico resultado. Sin embargo, la aparicion de aquel hombre, vestido tan fuera de la usanza comun, su inusitado lenguaje, y el saber que hace la friolera de doscientos setenta y seis años que ha morado en paz en aquella redoma, despiertan el interés del público hácia un protagonista que vuelve de nuevo á la vida tras de tanto tiempo y en tan extraño modo.

Ha sido pues un pensamiento feliz del Sr. Rodes el haber presentado en el teatro que dirige la comedia en cuestion, porque eso prueba que sabe hermanar las exigencias del buen gusto con sus propios intereses. Así atrae lo mismo á los que van á ver á las brujas montadas en sus escobas, como á los que van á oír versos verdaderamente buenos y escenas superiormente escritas.

La egecucion no podia ser igual, porque esta compañía es harto corta para una comedia de tantos personajes. Así fué que la señorita Rodes, su hermano y el Sr. Ballesteros estuvieron muy bien en sus respectivos papeles; pero los demás trabajaban ó fuera de su cuerda ó fuera de sus facultades. Sin embargo, la obra ha agradado bastante, y ya lleva á la fecha buenas entradas, siendo de esperar que aun dé no pocas mas. Y eso que se necesita buena dósis de vocacion para atravesar en las pasadas frias y ventosas noches aquel campo, especie de Sibéria colocada por yerro geográfico en el extremo meridional de Europa.

Si se tienen en cuenta los elementos de que puede disponer aquel teatro y las condiciones de su escenario, fuerza es confesar que en cuanto á aparato escénico, exorno y tramoya no es justo exigir mas de lo que allí se ha hecho. La decoracion final es caprichosa y de buen efecto. Las transformaciones, fuera

de la primera noche, se han efectuado con bastante limpieza.

El Balon va pues principiando á descubrir veta. Ahora necesita huir de otro escollo: de las funciones de seis y siete horas. No acostumbre al público á semejantes esperpentos.

F. F. A.

MODAS DE PARIS.

El equipage de baile es la gran cuestion del momento. Se le discute, se le busca, se le inventa. O bien consiste en una especie de niebla de gasa y de tul, ó bien en una tela rica y seria. Esto depende del gusto y del género de la belleza. Una muger de formas algo robustas y que se envuelve en varas de tul, aparece profundamente ridícula, y por mas que haga no será nunca poética ni vaporosa. Es menester que lo ideal se reserve para lo ideal, para la muger débil y delicada que se parece á una de las hadas de los cuentos de Perrault, con tanta mas razon cuanto que una beldad corpulenta no es siempre de desdenar, y que mugeres muy lindas saben llevar con dignidad y gracia eso que se llama gordura.

En la primera representacion de *La Traviata* ví en los Italianos muy elegantes trages de baile. Por ejemplo, el bellissimo de *capullos de rosa*, de extraño estilo y adorno. Desde luego la falda estaba hecha con arreglo á todas las leyes contrarias á la costumbre y aun á la costura. Los volantes, color verde azoff con rayas de terciopelo blanco sembradas de enorme cantidad de capullos de rosa, eran los que formaban el fondo de la saya y el cuerpo del vestido, dividiéndose en pequeños volantes adornados con terciopelo negro y blonda. El corpiño, puntiagudo por detrás y por delante, tenia una especie de adorno de blonda blanca, y sobre ella una cinta de terciopelo negro y pasamanería de cuentas blancas y negras, describiendo una gorguera de cuentas al rededor del pecho y de la espalda. Desde la punta de la cintura partian dos ban-

das á lo Luis XV, hechas de terciopelo blanco, cuajadas de capullos de rosas y orladas de guipure. Estos dos tirantes subían rectos sirviendo de marco á una lindísima cabeza, se cruzaban por detrás como los tirantes de los hombres, é iban á parar á las caderas dejando ambos cabos flotantes. Estos tirantes adelgazan á las mugeres corpulentas, y disimulan la delgadez de las muy jóvenes. Por consiguiente, están llamados á obtener un éxito inmenso.

Los hombros blancos y coquetamente modelados se destacan del tirante y de la manga, y parecen tanto mas lindos cuanto menos se muestran en todo su esplendor.

Algunos lujosos equipages de baile, de estilo griego ú oriental, se decoran con camafeos antiguos, egipcios y orientales. Cabezas indianas decoradas de diamantes y pedrerías, se llevan por las elegantes formando broches para el talle y para los hombros sobre ropages de tul blanco, de tul verde ó de tul junquillo. Un aderezo completo de camafeos revela desde luego una gran señora, porque para que el adorno sea perfecto es menester no calcular. Los camafeos de coral y los camafeos rosa están tambien muy de moda, y son muy apreciados para broches, brazaletes y agujas.

Respecto á peinados de baile diremos que se usan las diademas de margaritas de diamantes y de racimos de lirios hechos de cabellos. Este racimo alterna con otros de perlas finas, y en los lirios se han de mezclar los de cabello rubio y cabello negro. La bisutería de cabellos, que principió por ser una flor de muerte y de dolor, es hoy flor de baile y flor de fiesta.

Para completar el equipage de baile, voy á decir algo de los abrigo para salida de los bailes que tienen mejor acogida en el mundo elegante.

La capa Myrra, que es el manto griego en todo su estilo antiguo, es de cachemira blanca, orlado de galones blancos ó púrpura. El corte de esta capa es bastante raro. Los pliegues no llegan sino á los hombros, y envuelven el cuerpo de la muger como el ropage de Polímnia.

Un chal de cachemira blanco con una ancha franja de felpa azul moteada de blanco. Este chal tiene un capuchon con vueltas azules formando por delante una pelerina que remata en punta, terminada por dos bellotitas.

Un chal *Ozarina* de cachemira blanca, guarnecido de anchas bandas de *Oursikof* blanco. El *Oursikof* es una tela de seda que imita la piel de oso. El capuchon con vueltas de la dicha tela, no tiene pelerina, pero sí bellotas.

Un albornoz de *Oursikof* color de gresella, sin ningun adorno, con un capuchon atado con un cordon de bellotas. Este mismo albornoz se hace blanco, color de maiz, azul y rosa con *Oursikof* negro para paseos y visitas.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Esplicacion de la hoja de patrones y bordados que acompaña al presente número.

PRIMERA CARA.

- N.º 1 Mitad de un bonito pañuelo al pasado, ojete y punto de armas. Para bordado se usará algodón del n.º 60 y para tramarlo del n.º 50. El corazon de la flor se adorna de ojete. — Para hacerlo mas rico se guarnece de un encaje *Valenciennes*. — El escudo encierra las iniciales F. S.
- 2 y 3 Cuello y mangas, sobre muselina: feston y lunares, rodeándolo de ojete, para los que se emplea el algodón n.º 40.
- 4 Mitad de la enagua para el vestido de muñeca: al tambor.
(Véase su explicacion al f.º 8.)
- 5 Costado para id. (Id.)
- 6 Espalda para id. (Id.)
- 7 Manga para id. (Id.)
- 8 Cuello para id. (Id.)
- 9 Delantero de la enagua del segundo vestido para id. (Id.)
- 10 Id. del monillo para id. (Id.)
- 11 Espalda para id. (Id.)
- 12 Mangas para id. (Id.)
- 13 Faldeta para id. (Id.)
- 14 Vuelta de la enagua para id. (Id.)
- 15 Bandas para manga corta para id. (Id.)
- 16 Berta para id. (Id.)
- 16 bis. Cinturon ó pretina para id. (Id.)
- 17 *Rotonde* para id. (Id.)
- 18 Babucha: cordoncillo y cuentas.
(Véase su explicacion al f.º 6.)
- 19 Palou de la dicha: id. id. (Id.)

- 20 Saco-bolsa: cordoncillo. (*V. su esp. al f.º 6.*)
 21 Banda del costado del dicho. (*Id.*)
 22 Con punto del dicho. (*Id.*)
 23 á 25 Lazo de cuentas. (*V. su esp. al f.º 6.*)
 26 á 28 Cartera de tapicería. (*V. su esp. al f.º 7.*)
 29 á 31 Bolsa de punto de malla. (*V. su esp. al f.º 7.*)
 32 á 33 Bolsa de tapicería. (*V. su esp. al f.º 7.*)
 36 á 38 Gorro griego: crochet. (*V. su esp. al f.º 7.*)
 39 Escudo del pañuelo n.º 4.
 40 A. V.: al pasado.
 41 C. P. S.: lunares.
 42 C. F.: al pasado.
 43 C. B.: id.
 44 H. B.: id.
 45 F. J. R.: id.
 46 E. S.: id.
 47 H. V.: feston y punto de rosa.
 48 A. G.: al pasado.
 49 A. M.: id.
 50 L. B.: feston y punto de rosa.
 51 A. V.: al pasado.
 52 L. A.: id.
 53 S. X.: id.

SEGUNDA CARA.

N.º 4 Delantero del sobretodo.

(*V. su esp. al f.º 8.*)

- 2 Costado del dicho. (*Id.*)
 3 Espalda del dicho. (*Id.*)
 4 Mitad de la manga del dicho. (*Id.*)
 5 Mitad del cuello del dicho. (*Id.*)
 6 Bolsillo del dicho. (*Id.*)
 7 y 7 a Conjunto del dicho. (*Id.*)
 8 Delantero del monillo polonés. (*V. su esp. al f.º 8.*)
 9 Mitad de la espalda del dicho. (*Id.*)
 10 Costado del dicho. (*Id.*)
 11 Mangas del dicho. (*Id.*)
 12 Volante de la manga del dicho. (*Id.*)
 13 Jokey de id. del dicho. (*Id.*)
 14 Bolsa para tabaco. (*V. su esp. al f.º 7.*)
 15 Fuelle de la dicha. (*Id.*)
 16 y 16 A Conjunto de la dicha. (*Id.*)
 17 y 18 Capillo para niño: al pasado y embutido de Valenciennes.
 19 y 20 Cuello y mangas de lunaritos simplificados; sobre tela ó percal.
 21 y 22 Id. id.: al pasado sobre muselina. Se le agrega un encaje ligeramente fruncido.
 23 Manga de un monillo con faldas para muñeca. (*V. su esp. al f.º 8.*)
 24 Delantero del dicho. (*Id.*)
 25 Guarnicion para varios objetos: punto de ojal y ojete.
 26 E. A.: al pasado y lunares.
 27 y 28 A. H.: id. id.
 29 Francisco: id.
 30 A. S. y ancla: id.
 31 S. K.: id.
 32 A. E.: id.
 33 B. R.: id.

- 34 T. A.: feston.
 35 Paz: al pasado.
 36 Isabel: feston.
 37 Rosa: al pasado.
 38 C. B.: id.
 39 F. A.: al pasado con adornos.
 40 Emilia: feston.
 41 Conchita: al pasado.
 42 C. A.: lunares.
 43 M. D.: feston.
 44 al 47 Coronas de fantasía: al pasado.
 48 H. D.: al pasado rico.
 49 A. G.: id.
 50 á 53 Punto de fantasía. (*V. su esp. al f.º 8.*)
 54 Centro de un tapete para quinqué. (*V. su esp. al f.º 7.*)
 55 Guarnicion del dicho. (*Id.*)
 56 Conjunto del dicho. (*Id.*)
 57 Bomba de papel para quinqué. (*V. su esp. al f.º 7.*)
 58 Armazon para el dicho. (*Id.*)

ESPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

PRIMER FIGURIN.

Vestido de invierno de moiré antique azul de China. Sobretodo de terciopelo negro abrochado hasta la cintura, sin ningun adorno. Mangas vueltas. Cuello de encaje. Buches de tul con un puño de buches en el cual está pasada una cinta azul, terminando por un lazo. Sombrero de terciopelo azul de China adornado de encajes negros, y un pequeño ramo de plumas azules y negras: á un lado, buches de tul de ilusion y al otro guirnalda de flores de primavera de terciopelo azul: cabos azules. Guantes paja.

SEGUNDO FIGURIN.

Vestido de terciopelo rubí, teniendo una larga chaqueta oriental guarnecida de bellotas de cordonero. Alborno oriental con listas blancas y purpura: capuchon con dos grandes borlones que caen uno sobre otro. Sombrero de terciopelo imperial sobre el ala gris fieltro, teniendo una garra de terciopelo púrpura. La copa está formada á buches: á los lados, ramos de plumas grises y cereza: an rico encaje de Chantilly está colocado al rededor de las garras de terciopelo.

TERCER FIGURIN.

Vestido de gro violeta con tres grandes volantes rodeados de puntas de terciopelo del mismo color violeta formando sesgo. Monillo con faldas rodeado de volantes. Mangas con

tres volantes y el mismo adorno. Cuello de punto de Venecia. Mangas blancas de encaje formando dos buches y un volante de encaje. Manteleta de terciopelo negro ricamente bordada en relieve y guarnecida de botones con volantes de *guipure*. Sombrero de terciopelo naranja con listas negras guarnecidas de terciopelo naranja: plumas caídas: el ala con buches de blondas: el filo, de terciopelo negro y naranja: los cabos de cinta de los mismos colores.

ADORNOS.

PRIMERO.—Papelina para casa de blonda, terciopelo y cinta malva: el fondo representa dos partes de terciopelo negro cruzada una sobre otra, con adornos de pequeños lazos de terciopelo negro: la caída de detrás, blonda blanca y cinta malva: sobre la cabeza se pliegan muy ligeramente dos blondas: sobre la primera blonda se coloca una cinta malva para que haga transparencia: al lado moños de cinta malva y lacitos de terciopelo negro.

SEGUNDO.—Adorno para *soiré* ó para teatro, hecho con grandes flores de terciopelo púrpura formando media guirnalda con un volante de encaje negro echado sobre las flores: el fondo representa una pequeña concha de blonda: sobre la cabeza bandó de terciopelo púrpura y encaje negro: por detrás á un lado, dos grandes rosetas y cabos largos de cinta de terciopelo púrpura.

TERCERO.—Berta redonda, hecha con dos volantes de punto de Inglaterra y dos buches de tul, en los cuales están pasadas dos cintas azules: la Berta está cerrada con dos lazos de cinta azul, uno sin cabos y otro con ellos.

CUARTO.—Adorno para *soiré*, de terciopelo, blondas y rosas de dos colores: sobre la cabeza, dos cintas de terciopelo verde, y al lado cabos del mismo color.

QUINTO.—Adorno de cabeza para casa que se sujeta bajo la barba, de encaje negro y encima pequeños rizados de blonda blanca con adornos de terciopelo negro: á los lados cojidos de tul de céfiro blando y cinta azul: encima de estos, flores blancas y carmesí: debajo de los cabos de encaje negro, lazos de cinta azul y cabos de lo mismo.

SESTO.—Cuello en percal, bordado á rayas.

SETIMO.—Adorno de cabeza de blonda blanca, encaje negro y rulos de terciopelo negro y rosa entrelazados: á los lados lazos de terciopelo negro con escarapelas de cinta rosa cayendo en largos cabos sueltos.

OCTAVO.—Mangas de percal con vueltas bordadas á lo mosquetero.

NOVENO.—Buches á lo Luis XIII con vueltas bordadas subiendo hasta la mitad de la manga. Este modelo es todo nuevo y muy apreciado.

ESPLICACION DE LOS OBJETOS PRINCIPALES DIBUJADOS EN LA HOJA QUE SE REPARTE CON ESTE NUMERO.

Babucha (dibujos n.ºs 18 y 19.)

Esta babucha se borda con cordoncillo, sobre piel de Rusia ó de Alemania. Todas las rayas y las puntas se bordan con cordoncillo de oro muy fino: en el centro de cada cuadro se ponen cuatro cuentas negras que se ensartan una después de otra y se sujetan con una puntada, colocando también una cuenta en cada punta. Es necesario dejar un poco de piel por los lados del bordado para cortar la babucha del tamaño del pié. Para usarla sin talon basta hacerla como el dibujo n.º 18. Recomendamos esta novedad por ser muy elegante.

Saco-bolsa (dibujos 20, 21 y 22.)

Este saco, de un estilo enteramente nuevo, se hace en terciopelo ó piel de Rusia, bordado con cordoncillo ó al punto de tambor. Para hacerlo, se cortan dos pedazos iguales al patron n.º 20, los cuales se cosen á la faja n.º 21. Para hacerlo mas rico, se emplea cordoncillo de oro. Se forra de seda; poniéndole una boquilla con cadena. (Véase el saco concluido en el dibujo n.º 22.)

Lazo de cuentas (dibujos n.ºs 23, 24 y 25.)

El lazo se hace como los brazaletes, con cuentas ó perlas de Venecia ó de Nevers, de los colores negro, azul, ó granate. Se ensartan perlas en cuatro alambres muy finos. Después de haber cruzado uno como lo indica el dibujo n.º 23, se pasan los otros tres alambres en este primer lazo y se hace una trenza de ocho cabos como lo demuestra el n.º 24. Estas trenzas redondeadas forman los cabos del lazo que se hacen separadamente. Los dos lazos pueden hacerse con la misma trenza, mientras que para la pequeña presilla no se deben emplear mas que seis cabos, reuniéndose todo con una aguja. Para ponérselo puede colocarse en un alfiler de broche; pero es mas sencillo sujetarlo con alfileres comunes.

Cartera de tapicería (dibujos n.ºs 26, 27 y 28.)

El número 26 es la parte alta y el n.º 27 la parte baja de la cartera, y para armarla se le pone un fuelle de seda á cada lado (véase el conjunto n.º 28.)

Esta cartera se hará sobre canevas en tapicería de punto grande mezclado con cuentas. El fondo del medio se hace de seda azul y el de la

guarnicion de seda encarnada. Los dibujos son de cuentas blancas, negras y oro. Todo está indicado por los signos. Aumentado el fondo del n.º 27 se haria un lindo *Vide-poches*. (1) Este juguete es un bonito regalo.

Bolsa de punto de malla (dibujo 29, 30, 31.)

Esta bolsa se hace toda de torzal negro muy fino. Se empieza por una sola malla y se sigue trabajando volviendo y aumentando con regularidad por los cuatro ángulos (*véase el n.º 30.*) Los diseños oro, encarnado, y azul se hacen repitiendo las mallas. (Se sigue la bolsa como el núm. 29.)

La pequeña guarnicion se hace al mismo tiempo que la bolsa; está aislada para hacer comprender el sitio donde debe doblarse.

El cordon se pasa entre dos mallas de la bolsa. Para darle un estilo chinesco se le puede agregar una bolita á cada punta: algunas hay que tienen hasta tres guarniciones adornadas con bolitas: en este caso las otras dos guarniciones se hacen separadamente. Esta fantasia es bonita, pero tanta cantidad de bolitas puede tener el inconveniente de agarrarse en todas partes. Véase el conjunto n.º 31.

Bolsa de tapicería de punto grande y punto de loseta, (dibujos n.ºs 32, 33, 34 y 35.)

El patron n.º 32 puede servir no solamente para la bolsa n.º 33 sino que tambien seria muy bonito para chinelas, canastillo, ó saquito de viaje. Los colores amarillo y negro que están indicados por signos se hacen de punto grande, y los cuadros ó losetas encarnadas y azules se hacen de punto llamado loseta, muy fácil de ejecutar.

Para hacer este punto se cuenta un cuadro de ocho hilos ó cuatro puntos á los dos hilos del canevas, y por la direccion de los puntos se hace un cuadro al sesgo. El dibujo n.º 34 indica la colocacion de los hilos. Segun este dibujo se vé que es preciso empezar por un punto del sesgo tomado sobre dos hilos en el ángulo del lado derecho; al segundo punto se toman cuatro hilos; al tercero seis y al cuarto ocho: á este último punto que concluye en los dos ángulos opuestos de la loseta, es menester sacar la aguja dos hilos mas bajo y disminuir así hasta la union del último punto. Éste trabajo concluido, se forra la bolsa de seda y se dobla por un lado para formar una pequeña bolsa destinada á contener una labor ú otra cosa cualquiera. Despues se guarnece con un cordon briscado y se cierra con una presilla y un boton. Véase el conjunto n.º 35.

(1) VIDE-POCHES. Nombre bajo el cual se designa al mueble sobre que se dejan los efectos que se sacan de las faltriqueras. (Nos ha parecido conveniente trasladar aquí la misma acepcion del *Diccionario francés español de Domínguez*, por no tener nombre propio en nuestro idioma. N. de R.)

Gorro griego, de crochet (dibujos n.ºs 35, 37 y 38.)

Este gorro es muy bonito ejecutado con torzal grueso azul subido, verde oscuro, ó granate. La redondela n.º 36 se empieza por enmedio. La faja n.º 37 se hace segun el grueso de la cabeza de la persona. El forro y la borla deben ser de seda y del mismo color que el torzal. Véase el conjunto n.º 38.

Tapete para quinqué (dibujos n.ºs 54, 55 y 56.)

Este tapete se hace de crochet tupido con lana negra y encarnada de tres puntos de color diferentes. Se empieza por enmedio con el encarnado oscuro, á la cuarta fila se toma el segundo punto de color encarnado, y á la novena el dicho mas claro, siguiendo el n.º 54. Se deberá tener hecha una redondela con trece vueltas, se hace una vuelta con la lana negra y despues se le rodea con otra de crochet de conchitas del encarnado oscuro, la cual debe ser adornada de otra vuelta de crochet negro. Esta redondela vendria bien para tapete de candelabro. Para el tapete de quinqué se aumenta una vuelta de crochet de conchitas que se sujeta en medio de cada punta; despues cinco vueltas de crochet tupido con la lana encarnada clara. Se concluye por una vuelta de crochet de conchitas al aire. (*véase el n.º 55.*) Las otras dos vueltas de crochet de conchita se hacen despues y se colocan con regularidad sobre las seis vueltas. Estas tres vueltas de conchitas son de tres puntos de color; el mas oscuro está en el borde y todos están rodeados de una vuelta de crochet de lana negra.

Bolsa para tabaco, en piel (dibujos n.ºs 14, 15 y 16.)

Esta elegante bolsa, es muy apreciada de los fumadores, pues ocupa poco sitio. Se hace de cuero de Rusia ó de terciopelo. El que damos aquí se borda con cordoncillo. Se compone de tres pedazos: el número 14 es el principal, y el número 15 el patron dos fuelles que se colocan á cada lado. Se cierra con una boquilla y un pasador (*véase el n.º 16 B.*) El interior se forra de piel y debe tener una bolsita destinada para colocar el papel de los cigarrillos (*véase el n.º 16 A.*) El conjunto de la bolsa cerrada se halla en el n.º 16.

Bomba de papel para quinqué (dibujos n.ºs 57 y 58.)

Esta bomba es de una ejecucion pronta y fácil. Se hace primero un amazon de alambre de la forma de un pequeño globo (*véase n.º 58*) forrándola con una hoja de papel color de rosa que se pega con goma. En la parte alta y en la baja se cortan cuatro grandes puntas á iguales distancias que van disminuyendo hácia el centro de la hoja; despues se forman pliegues en los sitios en donde se han quitado los pedazos sobrantes, teniendo cuidado de introducir para dentro el papel en las dos estremidades. Entonces se tendrá un globo de papel color de rosa, sobre el cual se pegan las listas de hojas de rosa, empezando por arriba y debiéndose cubrir hasta

la mitad las unas sobre las otras. Estas listas se cortan y se rizan como para hacer rosas, teniendo ocho centímetros de alto, por cinco de ancho. De este modo se obtiene una especie de rosa grande, al través de la cual la luz tiene un reflejo color de rosa muy dulce y agradable.

Tres vestidos para muñecas (patrones n.ºs 4 á 17.)

El vestido de mañana, se hará de merino, cachemira ó piqué blanco, bordándose al tambor. El número 4 representa la mitad de la enagua que debe ser abierta: el número 5 costado que se une al delantero de la enagua: el número 6 espalda que también se une á la pieza del costado y á la enagua, frunciéndola por abajo: el número 7 manga: el número 8 cuello.

El segundo vestido es un traje ajustado de popelina ó tafetan liso, ó bien de piqué ó chacón bordado con cordoncillo de color. El n.º 9 es el delantero de la enagua colocándose á cada lado el n.º 14 para que forme vuelta. El n.º 10 delantero del monillo: es preciso hacerle un costado y una espalda pequeños para formar el monillo. El n.º 16 Berta que es redonda por detrás y forma chal por delante, concluyendo el monillo por una pretina bordada como el n.º 16 bis. El n.º 15 es para servir de guarnición en caso de querer hacerlo de manga corta.

El tercero es un corpiño que se hará de terciopelo ó piqué blanco para ponerlo con una enagua de color. La espalda es el n.º 11 y la faldeta el n.º 13. El delantero y la manga están en la segunda cara de la hoja n.ºs 23 y 24. En fin para no olvidar nada, en el n.º 17 se encuentra una linda *rotonde* que se bordará sobre terciopelo, paño ó tela igual al corpiño.

Sobretodo para niño de 6 á 8 años, (patrones números 1 á 7 a).

Este sobretodo se hace de paño ó terciopelo: el que está representado en la segunda cara de la hoja de patrones es en paño gris, y tiene una faja de 10 centímetros de ancho también de paño gris mas oscuro, colocándose un cordón de lana del mismo color para tapar la union de los dos paños. El n.º 1 es el delantero que se corta al hilo sobre el que se colocan la mitad de las presillas que sirven para sujetar el sobretodo: (*vase el n.º 7 a*) n.º 2 costado que se une al delantero: n.º 3 espalda: n.º 4 mitad de la manga: n.º 5 mitad del cuello: n.º 6 bolsillo: n.º 7 y 7 a conjunto del sobretodo. Para hacerlo mas ajustado basta con cojerle un pliegue por cada lado del delantero.

Monillo Polonés; (patrones n.ºs 8 á 13.)

El n.º 8 es el delantero: n.º 9 mitad de la espalda: n.º 10 costado: n.º 11 manga: n.º 12 gran volante formando doble manga abierta, sujeta hasta la mediación del brazo, y puesta sobre el jockey n.º 13 que se pega al mismo tiempo que la manga. Esta y el gran volante se forran de seda blanca y se guarnece interiormente de un pequeño avispero, así como el monillo y la man-

ga que se guarnece exteriormente de un encaje de *guipure* ó un fleco.

Creemos complacer á nuestras suscriptoras dándoles los patrones de este monillo sumamente elegante.

BORDADO.

Lunares sencillos.

Se toma algodón para bordar del n.º 30, haciendo dos puntos exactamente el uno sobre el otro metiendo la aguja en los mismos hilos y cuidando de no apretarlo. De este modo se obtiene un lunar muy pequeño, redondo y bien hecho. Si se quieren hacer un poco mayores, no hay mas que tomar tres puntos en vez de dos. El cuello y mangas n.º 19 y 20 se hacen con lunares simplificados.

Punto de fantasía: (dibujos n.ºs 50, 51, 52 y 53).

Para hacer este punto se necesita hilo muy grueso como para crochet. Se empieza por colocar la aguja y se pasa el hilo por debajo del dedo pulgar como para hacer feston (lo mismo para cada punto). Despues se mete la aguja sobre la misma fila á corta distancia: se vuelve á meter por bajo del primer punto; en seguida por debajo del segundo y así sucesivamente. Para que este punto salga bonito, es preciso meter la aguja al sesgo. Si se hace con regularidad se obtiene un pequeño encaje que imita perfectamente al punto de espina al pasado, y que tiene la ventaja de ejecutarse con facilidad: para hacerlo derecho será bueno empezar por tramar un hilo. Este adorno se hace generalmente sobre la orilla ó sobre pequeños pliegues de delantal, pantalon de niño, objetos de canastilla, etc. El n.º 53 es el trabajo tal como debe ser, y el n.º 52 no es mas que la copia exajerada para que se comprenda mejor.

Para el segundo punto de fantasía (*dibujos n.ºs 50 y 51*). Se necesita hilo mediano. Se empieza, para guiarse, por tramar dos hilos distantes como medio centímetro uno de otro. El encaje se hace yendo de un hilo á otro: se mete la aguja sobre uno de estos hilos pasándolo por debajo del dedo pulgar (así para cada hilo). Luego se mete la aguja un poco mas abajo por delante alejándose al sesgo del hilo cerca del cual se estaba; haciendo lo mismo para los puntos sucesivos. A los tres puntos debe llegarse al segundo hilo, y en este sitio es preciso concluir. Despues se vuelve á empezar lo que ya se ha hecho, separándose del segundo hilo para llegar al primero y haciendo los puntos en sentido contrario á los precedentes; es decir, que es indispensable que el pequeño culebreo que se ha formado tenga tan pronto tres puntos ó espigas por encima como por debajo. Se comprenderá fácilmente dedicándose á copiar el dibujo n.º 50: el n.º 51 está en buena proporcion: á cada punta se le hace un lunar sencillo. Este adorno se emplea como el anterior y se hace con mucha facilidad.

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

DE

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

Contra Avaricia Largueza.

III.

EL MARQUES DE BENGALA.

Infeliz menesteroso
toda tu vida serás;
ser rico no lograrás
por mas que el oro te sobre,
porque solamente es pobre
aquel que desea mas.

T. D. L. G.

El palacio de los marqueses de Bengala era un soberbio edificio perteneciente á la maciza arquitectura del siglo XVII y realzado por todas partes con nobilísimos escudos y caprichosos grifos abocados á todas las cornisas y arquitraves.

Este palacio, así como el título que llevaba su dueño, pertenecían á la simpática cuanto bella marquesa, escelente y caritativa mujer, aunque algo engreída con la nobleza de sangre, y que prefería un noble mendigando á un plebeyo cubierto de oro y seda.

El diablo que se ríe de todo lo malo había dispuesto las cosas á su manera, de modo que la jóven y linda marquesa, cuyo exagerado romanticismo había echado algunos lunares sobre su hábito de educanda, se halló casi obligada á conceder su mano al avariento y ruidoso banquero D. Antonio de Mendoza, persona en extremo antipática para la hermosa Matilde, pero que se encargaba de presentarla en el gran mundo, con el autorizado título de esposa, ofreciéndola respetar en todo sus costumbres aristocráticas y dejarla en completa libertad para entregarse á sus habituales distracciones.

Cerróse entonces el contrato y D. Antonio de Mendoza, marqués de Bengala, empezó á recibir á sus comensales y amigos con una magnífica bata de cachemira y un gorro de terciopelo bordado de oro, anunciándoles que su nuevo título de marqués no se oponía en nada á los negocios bursátiles á que hasta entonces se había consagrado con tanta asiduidad, sino que por el contrario ensanchaba mas y mas su esfera de acción.

Con un cinismo comprensible solo para los avaros de raza, el que hasta entonces solo había hecho operaciones de bolsa, desplegó á los ojos de sus clientes una inmensa tarifa, en la que estaba señalado el interés que pagaría el dinero que diese á préstamo, tomando por el tipo mas alto la onza de oro, que pagaría cuatro pesetas por semana, y descendiendo desde allí hasta los diez reales que pagarían el módico precio de un real cada seis días.

ENERO.

La misma tarifa fijaba el interés de los granos que se tomarían desde una fanega castellana á la cuarta parte de un celemin de trigo ó de cebada.

Como en este mundo, y sobre todo en nuestra actual sociedad, apenas hay familia que no necesite mas de lo que tiene, viéronse poblados los magníficos sillones que adornaban el despacho del nuevo marqués de grandes arruinados, comerciantes fraudulentos, jóvenes disipados, mujeres perdidas y proletarios hambrientos.

Toda aquella cohorte de infelices se humillaban ante el pupitre del marqués, le prodigaban los epítetos mas nobles y lisonjeros y marchaban ébrios de placer despues de haber echado su firma en un gran registro, esclavizando su porvenir por obtener en aquel día una cantidad mezquina.

Para que su industria produjese mejores resultados, el marqués tomando por tipo la onza de oro, obligaba al que tomaba una cantidad mas crecida como algunos miles de duros ó de reales, á contar el interés por onzas separadas, de manera que diez y seis mil reales, por ejemplo, dados á interés segun su tarifa, le producían la enorme cantidad de treinta y seis mil quinientos reales al año de ganancia líquida; cantidad fabulosa, si se atiende á la cantidad radical.

Felizmente para la marquesa, la independencia en que había quedado colocada desde el primer día de su matrimonio, la evitó el disgusto de conocer á fondo estos odiosos pormenores; y si bien no podía ignorar completamente las bajas estrategias de su marido, llegó á la edad de treinta y seis años sin haber entrado treinta y seis veces en el grandioso despacho del avaro y antipático marqués, al que solo veía á las horas de comer y á las de tertulia en la que él ponía siempre por sí mismo la mesa de juego para empezar con el *tresillo* y acabar con el *monte*: (rara vez los avaros son jugadores, pero el marqués era un tiburón finísimo y ganaba siempre). Aunque ningún cariño, ninguna intimidad reinaba entre aquellos dos esposos, nadie los había visto reñir, ni aun disputar ligeramente por cosa alguna. El marqués estaba siempre complaciente con Matilde; asistía con ella al teatro, al baile, á todas esas reuniones oficiales, obsequios que tanto agradan á la mujer elegante, y sobre todo la dejaba vivir en una libertad tan apacible, que la marquesa agradecida le profesaba una franca y leal amistad, preferible en muchas ocasiones á un amor ardiente.

Para que nada faltase á la felicidad de la marquesa, Dios había bendecido su matrimonio con un hermoso niño, dulce, simpático, espiritual como ella, al que se empeñó en poner el celebrado nombre de César Octaviano, para significar que aquella criatura había de ser el ramo de oliva que conservase inalterable la paz entre los dos esposos.

La avaricia del marqués se rebelaba contra el fausto de Matilde; pero se estrellaba contra el amor que profesaba á su hijo. Matilde le enseñaba, le mimaba, le amaba tanto, que el marqués, que á mas de deberla su brillante posición, se veía arrasado por su exquisita delicadeza, concluyó por

enamorarse á medias de su mujer, colmándola de atenciones y regalos, que estremecían de vez en cuando su codicioso corazón.

Pero tanto, tanto ganaba el buen marqués con sus préstamos, su baraja y sus operaciones de bolsa, que habia llegado á olvidarse de lo que le costaban la marquesa y su hijo César, soñando tan solo con el día en que aquella mujer le dirigiese una de sus sonrisas encantadoras.

Ambiciosa de gloria la marquesa, quiso colocar á su joven heredero en el distinguido cuerpo de artillería; pero se encontró con dos inconvenientes que le era casi imposible vencer.

Era el primero la delicada constitucion de su hijo, que con un rostro valiente y un exterior robusto, tenia sin embargo una de esas naturalezas enfermizas, flores delicadas que al menor soplo del cierzo caen marchitas.

En segundo lugar, ¿cómo enviar ese hijo querido á Segovia á respirar el aire frio del Guadarrama, y privarse durante dos mortales años de su grata compañía, que era el mas hermoso encanto de la vida de Matilde?

El marqués convino con ella en que el tal proyecto era un absurdo, y queriendo equilibrar el entusiasmo militar de César con los cuidados que exijia su frágil naturaleza, pensaron en solicitar de Su Majestad una gracia concedida de muy antiguo á los antepasados de la marquesa, que podian empezar su carrera por el brillante puesto de coronel de caballería de la Guardia Real.

Pero los marqueses habian echado la cuenta sin la huésped; César entusiasmado con la idea de ir al colegio de artillería; escitado además su deseo por la circunstancia de marchar en aquel mismo mes para Segovia otros dos jóvenes de la grandeza amigos suyos, se resistió con tan obstinada vehemencia á todo cuanto le propusieron, que ni los consejos mas dulces, ni las caricias, ni el halago de ofrecerle mas pronta y brillante carrera, fueron bastante á hacerle cejar en su propósito. No atreviéndose á contrarestar por mas tiempo la voluntad de su hijo, que acababa de cumplir diez y siete años, la marquesa le vió partir, sintiendo que con él iba la mitad de su alma, y que su falta la habia hecho entrar en una vida llena de continua zozobra que no habia conocido hasta entonces.

Una vez solos y frente á frente los marqueses de Bengala, se acercaron mutuamente buscando consuelo á su pena, y como el marqués se veia arrastrado por el amor de Matilde, esta se vió colmada de todas las atenciones de que es capaz un viejo enamorado.

Como la marquesa odiaba la avaricia hasta caer en el extremo opuesto de prodigalidad, el marqués evitaba con el mayor cuidado hablar de todo aquello que pudiera traer á la memoria la usura.

Matilde era implacable contra la aristocracia moderna, el marqués buscó la amistad del arruinado y aristocrático vizconde de Sta. Marta, Lovelace de treinta años, lion obligado en todos los altos círculos, que hablaba ó por mejor decir es-

tropeaba el francés mezclándole groseramente con el español, que ignoraba absolutamente el inglés, pero que decia muy alto *dandy sport-man, spleen, good-may, etc.*

Ninguna amistad podia lisonjear mas las inclinaciones de la marquesa. Aparte de todas sus fatuidades, era el vizconde un hombre sumamente fino y complaciente, cuya conversacion se hallaba siempre grata. Consumado en la heráldica, hablaba sin cesar á Matilde de los cuarteles de sus armas, conocia aunque muy por encima algo de literatura moderna, declamaba el Tenorio, cantaba bastante bien algunos trozos del Hernani y la Lucía, y sobre todo conocia como por encanto todas las intriguillas amorosas que tuviesen relacion con la aristocracia de sangre.

Y no se crea que la amistad de nuestro vizconde era grata solo para la marquesa; como hombre de mundo habia sabido ganarse la confianza del marqués, llegando á saber de él muchos de sus secretos, aprobaba sus tarifas, le ayudaba en sus especulaciones, y era en una palabra lo que se llama *sus pies y sus manos*.

Aquel amigo tan bueno, tan complaciente, formaba por decirlo así una parte integrante de la familia del marqués.

Casi nunca salian en público sin que él los acompañara, llevando siempre la sombrilla ó el devocionario de Matilde. Ocupaba un lugar preferente en su palco y marchaba con ellos en sus frecuentes expediciones á Segovia, llegando á inspirar en el alma de César un cariño que participaba del cariño de hermano y de amigo.

Pasaron por fin aquellos dos años tan temidos y César regresó á la casa paterna adornado con las insignias que tanto habia ambicionado, y sin que su salud pareciese haberse resentido de su permanencia en el colegio. La marquesa que ignoraba su llegada, se hallaba en el jardín formando un ramillete de dalias que sujetaba con una cinta, y pareciéndole que percibía ruido en una calle de tilos que conducia á la glorieta, se acercó á separar las ramas que cubrian los nidos de tórtolas criadas á la mano, y vió adelantarse á César del brazo del vizconde, cuya figurilla gentil y graciosa desmerecia ante el magestuoso porte del joven oficial de artillería.

Era una sorpresa que habia preparado el vizconde.

—Hijo mio! exclamó la marquesa arrojándose en brazos de César: hoy empiezan para mí los días felices. Gracias, vizconde, gracias.... vos sereis de hoy mas el amigo, el verdadero amigo de mi hijo.

El vizconde por toda respuesta puso su mano sobre el corazón inclinándose hácia Matilde, y César le alargó la suya con toda la efusion de un alma de veinte años.

Tal era el vizconde de Santa Marta que acompañaba á la marquesa de Bengala el día de San Isidro.

IV.

HORA Y LABOR.

Quando estás bordando
Yo no sé en qué piensas
Que al dechado miras
Y los puntos yerras.

Romanc. Gral.

Apenas las dos jóvenes costureras entraron en su bohardilla, que á pesar de hallarse cansadas como todo aquel que vuelve de la romería, Aurora tomó su bordado, y colocándose al lado de la mesita de velador, empezó á trabajar con el mismo ahínco que si empezase á amanecer entonces.

Sus manos se movían con la misma ó mayor agilidad que otros días; sus ojos estaban brillantes como dos zafiros y un tanto alterados por el despecho, su figura era noble y hermosa y se hallaba realizada por el traje de romería que tenía puesto, y del que no había querido despojarse según costumbre, como si un instinto secreto de coquetería la incitase á conservar sus adornos en aquella noche.

Cármén mas serena, se quitó su vestido de chaconá de color de naranja, se envolvió en un gran pañolón rosado, y se sentó también á coser, aunque hablando poco y bostezando á cada minuto.

—Feliz tú que tienes sueño, Cármén.

—Y por qué?

—Porque el sueño es el único medio de olvidar los pesares que nos atormentan durante el día.

—¡Qué! cuando no nos atormentan con mas encono durante el sueño, haciéndonos ver á cada paso brujas y esperpentos.

Aquella espresion recordó á María Aurora sus visiones haciéndola dar un salto en su banqueta.

—Ay, es verdad! pues digo!... nadie mejor que tú sabe lo que son esas corazonadas y pesadillas.

—Es verdad.

Y Aurora dejó caer su labor sobre el regazo, quedándose por algunos instantes pensativa.

Cármén para alejar el sueño se puso á tararear á media voz la tan conocida canción de

«Hay un palacio junto al prado
de San Fermín...»

La puerta de la bohardilla se abrió, y Angel se precipitó en la habitación dejándose caer en una silla como fatigado.

Aurora levantó los ojos, le miró y los bajó de nuevo prosiguiendo su labor.

—Buenas noches, Cármén! Aurora, ¿cómo tan seria de vuelta de la mejor romería de Madrid? Se habrán ustedes divertido mucho... Y Vicente?

—Vaya! parece V. una taravilla, respondió Cármén sonriendo. Nos hemos divertido mucho, sí, señor; ¡pues no faltaba otra cosa sino que ustedes estuviesen de gaudemus... y nosotras llorando la muerte de Píndaro! Vicente se ha quedado en Guadalajara, ó al menos si ha estado en S. Isidro no le hemos visto.

—En Guadalajara! Luego han ido VV. solas?

—Solas! murmuró Aurora sin alzar los ojos.

—Lo siento, amigas mías... yo había aceptado la invitación de mis amigos contando con la venida de Vicente... si no...

—¿Y qué mal nos ha sucedido por haber ido solas, caballero? dijo Cármén, que como suele decirse nunca daba su brazo á torcer.

—Y si hubieras sabido que venía Vicente, hubieras dicho que tenías cátedra... que... ¿qué sé yo? dijo á media voz Aurora no pudiendo dominar su despecho á pesar de los guiños de Cármén.

—Hola! exclamó Angel esquivando la conversación y examinando el tocado de Aurora. ¡Qué linda! cuánta elegancia!

Aurora empezó á levantar los ojos; Cármén acababa de entrar en la cocina.

—Dime, Aurora, le dijo Angel con la mayor ternura: ¿por qué te has puesto tan hermosa si yo no debía encontrarme en S. Isidro?

—Porque no podía creer que faltases á una función tan popular, y á pesar de tu negativa tenía una esperanza secreta de encontrarte allí.

—Pobre niña! ¿Luego habrás estado muy triste?

—Mucho... Yo me decía á mi misma: si acaso se avergüenza de que le vean conmigo, yo gozaré con verle aunque sea de lejos... luego, tú habías elogiado tanto el adorno que llevaba en el teatro no sé qué marquesa...

—Ah! las mariposas de terciopelo de la condesa de Sancti-Spiritus!... Aurora mia! y creyendo que yo me desdenaba de acompañarte, te adornabas sin embargo para mí, creyendo acaso que me había fijado en la joven de las mariposas! Aurora! Aurora! yo juro que no amo á nadie mas que á ti sobre la tierra.

—Y entonces ¿cómo conoces á esa condesa?

—Porque los estudiantes conocemos á todo el mundo... Ahora mismo, dijo Angel entreabriendo una talma que le cubría el talle, vengo del campo con mis amigos como os anuncié anoche... pues bien; este traje de caza no es mío, sino del hijo de la marquesa de Legarda.

Aurora y Cármén quedaron admiradas al ver la magnificencia del traje de cazador, que realzaba notablemente la hermosa figura de Angel.

—¡Del hijo de la marquesa de Legarda!

—¿Y qué tiene eso de particular? Estudiamos el mismo año, y allí no hay distinción de clases... Pero vamos á otra cosa; ¿quereis que os haga una invitación?

—Venga! respondió Cármén al instante.

—Pues bien, os convido para la verbena de S. Juan...

—Primero es la de S. Antonio, murmuró Aurora bajando los ojos.

—Es que la de S. Antonio no sé si mi tío... ¿No es el doce de Junio?

—Cabal...

—Siempre tu tío entre nosotros dos. Oh! ya aborrezco yo ese tío!

—Se llama D. Antonio, y no sé...

—Pues bien, no vayas...

—Iré... Aurora... iré... dijo Angel al ver las lágrimas que impedían á la bordadora seguir trabajando.

—Irás? exclamó aquella levantando hasta él sus ojos azules llenos de agua.

—Sí, sí, iré... te lo prometo.

—Ay, señorito! le interrumpió Carmen con tristeza; esa fiesta será un placer para VV., pero yo...

—Cármén, yo te prometo que Vicente estará en Madrid para la verbena de S. Antonio.

—De veras?

—Tan de veras como Dios me oye.

—Ay! Dios se lo pague á V.... pero ¿y si no consienten?...

—Cármén, te prometo que irás con tu amante á la verbena. Todos los oficiales del cuerpo son amigos míos.

—Todos!

—Todos han sido estudiantes como yo... pero veamos, veamos esa labor. ¿Es posible que para vosotras no ha de haber hora de descanso?

—Ya ves, Angel, hoy hemos gastado el día en S. Isidro, y es preciso aprovechar el tiempo perdido, trabajando hasta mas tarde.

—Y luego, señor mío, añadió Cármén, que en la romería se gasta en grande por mucho que una se encoja, y sobre todo si hay personas como Aurora que parece que tiene un agujero en la mano para dejar caer los monis.

Aurora se sonrojó.

—Vamos, no te pongas mohina, que para unas pobres como nosotras, ponerse á dar mas de una peseta á pobres pordioseros que son un hato de holgazanes... ¡Si digo yo que á tí te han cortado para condesa!

—Hola! ¿con que tan generosa eres? dijo Angel inclinándose hacia ella.

—Yo?... yo? ..

—Ella, señorito, debe empezar por mirar el sudor que nos cuesta ganar el pan, y que la caridad debe empezar por sí mismo.

Las megillas de Aurora estaban de color de fuego.

—Tiene razon Cármén, respondió Angel con dulzura: yo apruebo, Aurora, los impulsos de tu caritativo corazón, pero solo debe dar el que tiene... Vamos, hoy voy á ser yo el ramo de oliva en esta familia. Escucha: conozco intimamente á una gran señora, hermana mayor de la Caridad y que no tendrá ningun inconveniente en encargarte de distribuir algunas limosnas, siempre que yo te recomiende. ¿Quieres?

—Y cómo se llama esa señora?

—Caramba! ¿no sabes que el nombre del que ejerce la caridad debe quedar oculto? ¿No te basta tener el placer de socorrer las miserias por tu mano?

—Oh! sí! Me harás muy feliz con eso... mucho. Pero, Dios mío! ¿cómo es posible que esa gran señora se digne confiarme una mision tan honrosa?

—Porque la mereces, Aurora; porque el que

pasa su vida en un trabajo incesante, y aun ejerce la caridad, sería un ángel sobre la tierra si ocupase otra posición mas elevada.

Aurora se sonrojó de nuevo y Cármén guardó silencio.

—¿Y no puedo saber, Aurora, ¿quién te proporciona esa labor tan perfumada?

—Sí, por cierto: yo no tengo misterios como tú y mi vida puede ir escrita sobre mi frente. Una pobre preñada, la tia Leonor que vive aquí en la calle de Tabernillas, me fué buscando labor entre sus amigas, dando por fianza su almacén de ropa vieja. Ello es que Dios trajo á la casa de huéspedes donde me daban trabajo, un caballero muy rico que viene de las Indias y que se llama el Sr. Nabá.

Angel no pudo menos de sonreírse.

—Pues no te rias: es un nombre inglés, y otro que tal es el de la señora que se llama Mistris Soupanton... y luego la señorita Fanny... Oh! todos ellos son excelentes; pero la señorita sobre todo. Camino de S. Isidro hizo detener la carretela para alargarme un pañuelo de dulces. Cármén los ha visto.

—Pero mujer, ¿qué tiene que ver todo eso con los bordados?

—Que si tiene? Vaya si tiene! La tia Leonor que es mujer que lo entiende, luego que supo que eran unos grandes señores millonarios, les enseñó mis bordados y desde entonces no he necesitado buscar mas labor. No puedes figurarte lo que tengo que agradecer á esos señores. Ellos son ingleses, pero...

—Pero qué?

—Que me pagan mucho mas que los españoles.

—Y cuánto ganarás cada día?

Aurora miró á Carmen y calló.

—Vamos, Cármén, dígalo V. Tengo interés en saberlo.

—Pero, señorito, si todo lo que nosotras ganamos es una futesa!

—Vamos, ¿pero cuánto ganais al fin?

—Yo, dijo Cármén, como todo lo tengo á mi cargo y me quedan pocas horas para la costura...

—No se trata de V. Demasiado gana gobernando la casa con tan admirables disposiciones. Se trata de Aurora.

—Yo, yo, dijo Aurora sin atreverse á mirarle de frente, podré ganar unos tres ó cuatro reales diarios.

—Tres ó cuatro reales! exclamó Angel saltando de su asiento como si le hubiese mordido una víbora. Oh! y dices que te pagan bien, pobre niña! Pues cuánto ganabas antes?

—Antes, apenas podia nunca llegar á dos reales...

—Oh! infamia! exclamó de nuevo Angel arrebatando el bordado de manos de Aurora que temblaba por su batista. ¡Tres ó cuatro reales cuando esto vale una fortuna! Oh! yo te juro que no bordarás mas para los ingleses.

—Ay, Dios mío! y por qué?

—Porque no puedo consentir que gastes tu vida en este improbo trabajo.

—Pero, señorito, por María Santísima! Si tomase estado, no digo que no... pero mientras tanto, ¿quién nos daría lo que necesitamos?

—Yo: respondió Angel con una solemnidad que daba á sus palabras el valor de una promesa sagrada.

—Usted!

—Tú? exclamaron á un tiempo las dos jóvenes en el colmo de la admiración.

—Sí, yo: que hablaré á esa gran señora de los bordados de Aurora, y estoy seguro de que dentro de pocos meses sus obras serán buscadas por todas las damas de la corte.

—Ay, Angel! en ti hay alguna cosa sobrenatural que me causa miedo.

—No, Aurora; no soy mas que un pobre estudiante que te ama con delirio, y que por tí no retrocederá ante ningún sacrificio por grande que fuese. Pero dime, ¿cuándo concluirás esa labor prodigiosa?

Ay! no lo sé: es un trage de baile para la señorita Fanny, y por mucho que trabaje, tardaré todavía un mes en concluirle.

—Señorito, exclamó Carmen, asomándose á la puerta; sin duda es ya muy tarde cuando está ya espirando el farolillo de la escalera.

Angel miró su reloj, se cruzó la talma y echó á correr por las escaleras, antes que las pobres muchachas tuviesen tiempo para preguntarle que hora era.

La escalera estaba ya oscura, el farolillo exhalaba de vez en cuando una débil ráfaga de luz que era su último suspiro.

Cuando Angel salía de la calle de las Tabernillas el reloj de palacio daba la una.

FIN DE LA PRIMERA PARTE DE

CONTRA AVARICIA LARGUEZA.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

(Se continuará.)

EL CREPUSCULO.

Como brilla en los hermosos
azules ojos de Lálage,
bajo sus leves pestañas
una lágrima inefable;
así al espirar el día,
entre ligeros celages
brilla en el azul del cielo
el lucero de la tarde.

Todo es aroma en las flores,
todo es arrullo en las aves,
todo es murmullos el agua,
todo es suspiros el aire.
Dócil niebla se suspende
por los contornos del valle;
como la dicha ligera,
como la esperanza frágil.
Y entre la luz y la sombra
en lágrimas se deshace,
como el amor de una virgen,
como el aliento de un ángel.

De las desiertas montañas
sobre las cumbres salvajes,
á reposar en sus nidos
van las águilas reales;
y á las vertientes risueñas,
que forman distintos cauces,
á beber sus aguas limpias
bajan palomas torcaces.
Todo es esencia en las flores,
todo es arrullo en las aves,
todo es sollozos el agua,
todo es gemidos el aire.

La luz y la sombra juntas
confundidas se reparten,
y de la luz y la sombra
tibio el crepúsculo nace.
Del cercano caserío
sube en blancos espirales
el humo que se dilata
y se pierde al dilatarse.
Juntos la noche y el día
la luz y la sombra parten,
y cubren los horizontes
de caprichosos encajes.

Hora de triste esperanza,
llena de encantos fugaces,
de dulce melancolía,
de misterio impenetrable.
Tú apareces en el cielo
húmeda, lenta y suave,
como en el alma abrasada
del bien perdido la imagen.
Tú vienes todos los días
triste, ligera, impalpable,
como un recuerdo lejano
que en la memoria se abre.

Tras de tí van las estrellas,
y llevas el sol delante,
se apaga el día en tu velo,
de él mismo la noche sale.
Mezclas la luz y la sombra,
y en tí son inseparables,
como lo son en la vida
la alegría y los pesares;
Y tú el término señalas
del día, que apenas nace
en el abismo profundo

del tiempo pasado cae.

Hablan los ecos perdidos
incomprensible lenguaje;
y se tiende el pensamiento
por inmensas soledades.
Crepúsculo del estío,
tú en lágrimas te deshaces,
como el amor de una virgen,
como el suspiro de un ángel.

Todo es esencia en las flores,
todo es arrullo en las aves,
todo es lamentos el agua,
todo es gemidos el aire.

JOSE SELGAS Y CARRASCO.

EIZTARI-BELZA (1).

LEYENDA VASCONGADA

FOR

D. J. M. de Goizueta.

I.

—¡A caballo, á caballo, amigos míos! Toca el alhali, mi buen montero. Záfiro, bufa; Záfiro, escarba la tierra con sus ferradas manos. Alerta, perezosos! Subamos al Iru: en sus ventisqueros y jarales encontraremos la gamuza que ayer burló nuestros esfuerzos; la gamuza de piel bermeja y ligeros piés.

Y al decir esto, el baron de Garro, el gallardo Luis de Lehet, montaba su negro potro nacido á orillas del Vidasoa, y cuyos primeros relinchos despertaron los ecos de Altobiscar.

El patio cuadrado del noble edificio cuajóse de caballeros, pages y escuderos, peones, ojeadores y perros de todas razas.

El sol asomó su disco sobre la cima de la montaña, y la brillante cabalgata salió al campo al sonido de marcial estrépito, cruzó el Nive, y se hundió en los solitarios barrancos y angostos valles.

Cuando la pluma de garza que adornaba el birrete del baron se perdió de vista en el roble-dar vecino, oyóse un feble suspiro en el abandonado casar.

La fria escarcha abruma con su peso á la débil flor.

Se la vé mustia, macilenta, perdida la elasticidad de su tallo: aun la queda un soplo de vida, y vuelve ansiosa su corola hácia el oriente en demanda del sol.

La tórtola viuda, tristemente posada en la rama que sostiene su nido, se anima, se gallardea, al oír el arrullo de otra que hiende los aires con raudo vuelo....

Ay! la tórtola pasa.... prosigue su camino.... vá en busca de su pareja.... desaparece....

La viuda engañada en su esperanza, mira entonces melancólicamente su nido solitario.... y llora su viudez y su abandono.

Como la flor que ansia un rayo de sol que la vivifique; como la solitaria tórtola que llama incessantemente á su compañera, así Berta de Labrit ansia en vano una mirada de Luis, y lo llama á su lado.

Pero el señor de Lehet ni oye las voces de su jóven esposa, ni repara en sus miradas.

Porque el ruido de las trompas de caza, el estrépito de la orgía se lo impiden.

Porque sus ojos tienen harto que ver, para reparar en las lágrimas de su mujer.

El débil suspiro que se escuchó en la estancia, era la espresion del dolor que causaba á Berta su abandono.

Para consolarse acudió á la religion, y puesta de hinojos ante la imágen de la Madre de Dios, pedíala con fervor apartase á su marido del camino de perdicion por el cual caminaba y lo volviese á su gracia.

Y mientras sus humildes plegarias subían al cielo, Luis de Lehet atronaba los montes con gritos de triunfo y alegría y sus compañeros formaban coro.

Embriagado con tanto ruido, con el crujir de las armas, con el ladrado de los perros y los relinchos de los caballos, corría frenético por montes y valles.

El firmamento se encapotó de súbito.

Una nube blanca comenzó á formarse en la cima del Iru; estendióse paulatinamente de una manera prodigiosa, y los rayos del sol no tuvieron fuerza bastante para atravesarla.

La nube se condensó; tornóse cenicienta, luego plomiza, despues negra.

El ambiente fué caldeándose, el viento se retiró á cavernas desconocidas.

Pero Luis perseguía á dos pasos de distancia á un magnifico ciervo de diez puntas, y nada vió.

De repente la montaña sacudió su frente granítica, oyóse un estrépito horroroso, hendióse el cielo por mil partes, y centenares de rayos se desprendieron de las nubes.

Luis se encontraba solo, rodeado de jarales espesos, de tenebrosos precipicios.

El troton se paró.

—Joup, Záfiro! joup! voceaba Luis animando al nervudo corcel.

Pero el caballo rehilaba las orejas, lanzaba sonoros resoplidos, ocultaba su hermosa cabeza entre los brazos, y permanecía inmóvil.

—Joup! tornaba á gritar el baron: voto al diablo! que si no me sacas de este mal paso, te entrego á la primera manada de lobos que encontremos.

(1) El cazador negro.

Záfiro empezó á temblar, pero se estuvo quedo.
—¡Maldita tempestad, y maldito sea quien la envía! gritó Luis con furia.

Y comenzó á tañer la bocina con toda la fuerza de sus pulmones.

Nadie contestó á su sonata.

La tormenta seguía aumentándose por momentos.

Rasgó el cazador con sus espuelas los hijares del caballo, al mismo tiempo que un rayo tronchaba con infernal ruido el pino mas erguido de aquellos bosques.

Záfiro partió con la rapidez de la flecha.

En medio de su furiosa carrera encontraba al acaso un barranco, parábase un instante, y saltaba al lado opuesto sin que su elástico lomo se resintiera, sin que sus enjutas piernas se doblegasen lo mas minimo.

—Joup! joup! gritaba en el interin Lehet, hundiéndose sin compasion las espuelas en el vientre del caballo, y alojando las riendas.

La noche avanzaba tétrica, oscura, preñada de misterios.

El corcel volaba sin direccion fija, y en su desesperada carrera salvaba torrentes, atravesaba pantanos, cruzaba bosques.

Y entre trueno y trueno se oía el estridente grito de Luis.

—Joup, Záfiro! joup! Yo te prometo doble medida de avena fresca y pan empapado en vino.

Y el ginete tendido sobre el corvo cuello del corcel, perdió su birrete, rasgó por mil partes su herruero, y estaba cubierto de lodo.

Záfiro relinchó de improviso.

Una luz lejana se divisó en medio de las tinieblas; el caballo hizo un esfuerzo supremo; apresuró el galope, y llegó á la puerta de una pobre cabaña.

El baron de Garro desmontó y miró por la rendija de la carcomida puerta al interior de la vivienda.

Ocupaban la estancia dos mujeres colocadas junto al hogar.

La una habia pasado de los cuarenta años: la otra apenas contaba diez y ocho.

La de mas edad sentada en una silla de madera, hilaba maquinalmente, mientras la otra sentada á su vez en un taburete bajo, tenia apoyados los codos sobre sus rodillas, y el rostro en las palmas de las manos.

La una narraba alguna historia; la otra la escuchaba con profunda atencion é infantil curiosidad.

De pronto llegó a sus oidos el relincho de Záfiro.

—Dios proteja al caminante, dijo la hilandera santiguándose. Maria, prosiguió dirigiéndose á su compañera: alguno se acerca á nuestra pobre morada: preparémonos á llenar el sagrado deber de la hospitalidad.

En este momento el baron de Garro aplicaba el ojo á la rendija.

Maria se levantó de su taburete y se acercó á la puerta.

Luis de Lehet se retiró algun tanto, la puerta se abrió, y la jóven montañesa se asomó al umbral con una tea en la mano.

—¿Tendreis un lecho de heno para el pobre viajero? preguntó el baron adelantándose.

—Entrad, señor, contestó Maria: la cabaña de mi madre está siempre abierta para los caminantes extraviados.

—Una boca tan linda como la vuestra, donosa doncella, no puede pronunciar mas que palabras dulces y consoladoras.

Maria se sonrió é invitó á entrar al extranjero.

Sirvióse la cena frugal, señalóse al viajero un mullido lecho de musgo, y madre é hija se retiraron á descansar.

Maria miró al huésped al salir de la cocina, y es fama de que Luis de Lehet no durmió aquella noche.

II.

Han pasado muchos dias desde la famosa carrera.

El baron de Garro abandona su casa solariega antes de amanecer: á la salida del sol los ecos de las montañas repiten:

—Joup, Záfiro, joup!

Y á través de los pinares, corre veloz como el viento el potro negro del baron.

—Buenos dias, Maria, buenos dias; dice saltando del caballo y acercándose á la jóven: aquí me tienes como ayer, como desde el primer dia que te conocí.

—Y yo te vuelvo á ver gozosa, Luis: solo temo que el señor á quien sirves note tus frecuentes ausencias. Pobre Záfiro! añade acariciando al caballo que viene á buscar en su mano el manojo de yerba fresca con que le regala todos los dias.

—Mi corcel corre tan ansioso como yo en busca tuya, amada Maria: él, para recibir su regalo; yo, para mirarme en tus ojos, para deleitarme en tu sonrisa, para estrecharte en mis brazos.

—Pero dime, Luis, ¿por qué no pides mi mano? Mi buena madre te quiere mucho, me habla de tí todas las noches, y me dice que seria feliz si me viese unida á tí.

—Todavía no es tiempo, Maria; pero no dudes que un dia serás mi esposa.

—Quizá se opone á nuestra dicha, tu señor el baron de Garro. Oh! qué hombre, Luis, qué hombre! ¿Por qué no abandonas su servicio? Tarde ó temprano se condenará ese malvado, y temo Luis mio, temo que su alma arrastre á la tuya á los infiernos.

—No hables mal, amada mia, de quien me sienta á su mesa, y me cobija bajo su techo.

—No soy propensa á hablar mal de nadie, amado Luis; y bien sabe Dios cuanto rezamos mi madre y yo por la conversion del de Lehet.

—Ah! exclamó Luis besando á su amada: ¿con que rezais por él? En ese caso no puede menos de salvarse: los ruegos de los ángeles llegan infa-

liblemente al trono de Dios, desarrugan su frente y desarman su cólera.

—No, Luis, no: Dios no nos oye, puesto que el baron abandona á su esposa, profana los templos y viola las vírgenes del Señor. Oh! Dios me libre y me guarde de su vista.

—Mal le quieres, Maria, muy mal: exclamó Luis con acento triste.

—Le compadezco y le temo, amor mio: hé aquí todo. Por lo demás, diera yo por su salvacion cuanto tengo.

—Pobre baron! El se salvará, Maria, sin que hagas ningun sacrificio. ¿Has oido por ventura que recientemente haya cometido nuevos desafueros?

—Dícese en el pais que se ausenta solo de su castillo, y que nadie sabe á donde dirige sus pasos.

—Cierto es, amada mia: cuando sale de su casa antes de amanecer, su semblante está radiante de alegría: al volver por la noche, su caballo y él están tristes.

—¿Y no sabes tú, su page favorito, donde vá ni de donde viene?

—No: solo sé que ni se profanan templos de algun tiempo á esta parte, y que las vírgenes del Señor duermen tranquilas en sus celdas. Tal vez tus oraciones, Maria de mi alma, hayan verificado esta conversion.

—O quizá los consejos y amonestaciones del prior de Roncesvalles. Dicen que es un santo baron, y que á pesar de haber saqueado el de Lehet por tres veces el monasterio, el buen prior ha emprendido á pié el camino del castillo de Garro con el único objeto de atraer al redil á la oveja descarriada: pero el de Lehet, ó lo ha insultado y escarnecido en presencia de sus compañeros de desorden, ó ha estado ausente, y el santo prior solo ha encontrado á la noble castellana anegada en lágrimas. ¡Oh qué hombre, Luis, qué hombre!

—Pues bien, Maria; si tan malo es, yo me separaré de él y vendré á unirme á ti para toda la vida. Olvidemos pues al baron: ¿qué tenemos nosotros que ver con él? Seamos felices, amor mio, seamos dichosos: yo te amo como un loco, alma mia, y soy y seré tuyo, todo tuyo por siempre. Ven, dame mil besos; dámelos, angel mio, y olvidemos el uno en brazos del otro al mundo y á cuantos en él habitan.

La cándida joven salta gozosa; corre de aquí para allí en busca de flores; forma con ellas un ramillete, y lo coloca en el cinturon de búfalo de Luis.

Todo el día lo pasan juntos el de Lehet y la hija de la viuda.

Llega la noche; acude Záfiro al llamamiento de su amo, quien posando sus labios en los de la joven, monta á caballo y se esconde lentamente en el bosque, volviendo á menudo la cabeza y sonriendo al ver á Maria que lo saluda diciéndole:

—Hasta mañana, querido Luis, hasta mañana.

Mientras el baron pasa los días y las semanas al lado de la villana, Berta reza fervorosamente delante de la Virgen, y los compañeros de Luis se

admiran de no encontrarlo nunca en casa.

El tiempo pasaba, y las cosas seguían en tal estado.

Una mañana el patio cuadrado de la morada baronial se llenó de cazadores alegres, de perros bulliciosos, de pages juguetones; y entre la brillante turba se vió descollar al baron de Garro con grande admiracion de palafreneros y curiosos.

Dióse la señal de la partida, y la cabalgata desapareció en los bosques.

Maria se hallaba sentada segun costumbre junto á una fuente que brota de la roca vecina y se desliza murmurando por entre verdes espadañas.

En su mano derecha se veía un fresco ramillete de rosas y azucenas silvestres: en la izquierda el manojo de yerba destinado á Záfiro.

La hermosa joven tenia fijos sus ojos en la límpida corriente del arroyuelo, y una vaga é inefable sonrisa se dibujaba en sus labios rojos como la cereza.

De vez en cuando pasaba por la frente una de sus manos, y un vivo carmin encendía sus mejillas.

Movíase la copa de un árbol á impulsos de la brisa matinal, y todo su cuerpo se estremecía de placer al ruido de las hojas.

—Todavía es muy temprano, murmuraba torciendo á su meditacion.

Cantaba el cuclillo en la enramada; levantábase de su asiento y dirigía la vista al bosque.

—Todavía es muy temprano; murmuraba de nuevo y se volvía á sentar, siempre con la sonrisa en los labios y el carmin en las mejillas.

El viento de la mañana traía en sus pliegues el ladrido lejano del mastin, guarda fiel del rebaño; Maria aplicaba el oído, y sus hermosísimos ojos brillaban de placer y de ventura.

—Todavía es muy temprano; tornaba á murmurar inclinando hacia adelante su linda cabeza.

Ya no se oía ni el ruido de las hojas de los árboles, ni el canto del cuclillo, ni el ladrido del mastin fiel del ganado.

La calma profunda de un medio día de verano reinaba en el paisaje.

Una lágrima brillante temblaba entre las largas pestañas de Maria: las flores de su ramillete tornábanse mustias, y la yerba del manojo perdía su frescura.

—Ya va siendo tarde, murmuró: y la lágrima que temblaba en sus pestañas, deslizándose por las mejillas que habían perdido su carmin, cayó en el centro de la rosa mas bella del ramillete.

La flor sedienta absorbió aquella gota amarga y se secó.

Tras esta flor se secó otra, despues el ramo entero.

—Ya vá siendo tarde, balbuceó llorando.

Y las cristalinas aguas del manantial reflejaron el rostro pálido y profundamente afligido de la joven.

El manojo secóse á su vez.

Yerba tras yerba fué deshaciéndose, y cuando nada quedó en las manos de María cubrióse con ellas el rostro, y hondos gemidos turbaron el silencio del bosque.

Llegó la hora del crepúsculo.

La gallarda malviz posada en la rama mas alta de un roble, empezó á silbar saludando al sol que se ocultaba.

El buho lanzó su ahullido agorero en el oscuro seno de los bosques.

—Ya.... es.... demasiado tarde.... dijo María melancólicamente.

Luego se levantó; dirigió hácia el bosque una última mirada; pero tan triste, que era imposible dejar de llorar al verla.

Así se pasaron algunos meses.

Todas las mañanas oyó María el canto del cuclillo: todas las noches el silbido de la malviz y el ahullido del buho.

La hermosa jóven está desconocida.

Un día de primavera pasó junto á ella un hermoso ciervo, tendido el cuello, jadeante, rendido de cansancio: tras el ciervo aparecieron corpulentos y ágiles lebreles: tras estos, Luis de Lehet en medio de una turba de cazadores gritando:

—¡Joup, Záfiro, Joup!

María se puso en pié como impelida por un resorte; temblaban sus rodillas; el corazón quería salirse del pecho; lágrimas dulces asomaron á sus párpados; la sonrisa de la esperanza asomó á sus labios, y sin poder articular una palabra, solo tuvo fuerzas para alargar el manojo de yerbas.

Záfiro se paró de pronto y relinchó de placer.

Volvió Luis la cara al mismo tiempo que María le presentaba el ramo de flores que empezaba á secarse.

—Esas rosas están ya marchitas; dijo Luis con acento burlon, y espoleando su caballo desapareció como el rayo seguido de sus compañeros que reían á carcajadas.

Záfiro fué mas agradecido que su amo!

María cayó en tierra sin lanzar un ¡ay! y su frente pálida rebotó contra el duro suelo.

III.

Dolorosos gemidos se oyen en la cabaña de la viuda.

Tendida en un lecho de heno yace una jóven moribunda, cruzadas las manos sobre el pecho é inclinada la cabeza hácia el lado donde una mujer arrodillada llora en silencio.

Un llanto agudo y desgarrador se mezcla con los sollozos: es el llanto de un recién nacido.

La jóven cadavérica se estremece al oír aquel lloro: la viuda coje el niño, lo entrega á su madre y vuelve á arrodillarse.

María estrecha convulsivamente á su hijo contra el pecho, y al abrir la boca para sonreírse, huye por ella al cielo su alma purificada con tanto sufrir, perdonada por el arrepentimiento.

ENERO.

Al mismo tiempo el niño se duerme sobre el regazo de su madre que acaba de espirar.

La cabaña ha desaparecido, no queda el menor vestigio: solo junto á la fuente donde se sentaba María para aguardar á Luis de Lehet, se nota un montículo rodeado de rosales floridos á la sazón, y una sencilla cruz de madera oculta entre sus tallos.

Yo he visto en las cumbres del Pirineo una lozana flor derramando sus perfumes por la pradera, y ostentando sus vivos colores á los rayos del sol.

Yo he visto despues arrastrarse perezosamente hácia ella el asqueroso gusano, ó el feo caracol que llena de baba repugnante cuanto encuentra á su paso.

Yo he visto á la desgraciada planta moverse como si quisiera huir del contacto de aquellos seres inmundos que vienen á destruirla.

Yo he visto agotarse los perfumes de su corola, palidecer los colores de sus hojas, inclinarse su tallo, y morir al fin roída por el gusano, ó envenenada por la viscosa baba del caracol.

Esto mismo observaba el venerable Valdemaro en la morada baronial de Lehet.

Berta de Labrit, la hermosa castellana, vá muriendo como la flor del Pirineo: un dolor profundo mina y corroe su existencia, y acaba paulatinamente la vida en aquel cuerpo delicado.

Su consuelo es la oracion y los sabios consejos del anciano sacerdote.

Luis de Lehet se burlaba con sus compañeros de lo que él llamaba ridiculeces de su mujer, y proseguía su manera de vivir disipada.

La abandonada esposa oraba una noche con mas fervor que nunca: su marido estaba ausente, y hacia mas de quince dias que la única noticia que se tenia de él y de sus compañeros, era la de una nueva profanacion sacrilega del retiro de las vírgenes consagradas á Dios.

Cuando mas embebida estaba en la oracion, sintió que una mano helada asia suavemente la suya.

La castellana se estremeció.

—Soy yo, Berta; la dijo una hermosísima doncella vestida de blanco, que estaba arrodillada á su lado. No temas; tus ruegos han sido escuchados: Luis de Lehet, á quien ambas hemos amado tanto, puede salvarse.

—Oh! exclamó la castellana: sálvese él y perezca yo.

—Escucha, santa mujer; dijo la doncella. Si tu esposo se arrepiente antes que tú mueras, se salvará: si nó, la divina justicia le castigará, permitiendo que la maldicion que en este instante lanza contra él mi desconsolada madre caiga sobre su cabeza.

La doncella desapareció y Berta siguió orando.

En el interin el baron de Garro galopaba por el prado de Roldan, y al entrar en el angosto

barranco que conduce á Eugui, salióle al encuentro una mujer cubierta de harapos y desgredado el cabello.

—Luis de Lehet! gritó: tú eres un infame, un mal caballero.

El baron se paró.

Luis de Lehet! tú has violado las leyes de la hospitalidad, has mentido, has seducido una jóven inocente, y por fin la has abandonado cobardemente.

El baron se echó á reir y sus compañeros hicieron coro.

—Tú deseabas tener un hijo que perpetuase tu raza; prosiguió la mujer harapianta: pues bien, ha nacido un hijo tuyo.

—Un hijo! exclamó el baron acercándose rápidamente á su extraña interlocutora. Un hijo has dicho! ¿Dónde está? Condúceme á su lado y te doy la mitad de mi fortuna.

Esta vez la mujer harapianta fué la que soltó una estrepitosa carcajada.

—Escúchame, baron de Garro; repuso esta con fatídico acento: yo tenia una hija y tú la has deshonrado y la has muerto: ¡maldito seas! Tú eres blanco como la leche; tú te pondrás negro como el tronco del roble herido por el rayo: tú ostentas luenga y rubia cabellera; tus cabellos se contraerán y formarán pegujones en tu cabeza como la lana de la oveja enferma: tú eres cazador, los perros despedazarán tu cuerpo, y tu alma maldita rodará de monte en monte cazando hasta la consumacion de los siglos. ¡Maldito, maldito seas amen, perjuro, sacrilego!...

—¡Mi hijo! gritó Luis de Lehet con rabia.

—Morirás á sus manos, orgulloso baron.

Y al decir esto desapareció la mujer sin que se supiera cómo ni por dónde.

IV.

Algunos días estuvo pensativo el noble caballero; pero sus amigos le asediaban de tal modo, que no le dejaban un momento de libertad para arrepentirse.

Pasaron años.

Murió Berta la piadosa; y Luis de Lehet, olvidada ya la maldicion de la mendiga, y la muerte de su esposa, cazaba con mas fervor que nunca, saqueaba monasterios, profanaba asilos sagrados, y blasfemaba del santo nombre de Dios.

Y sucedia una cosa extraña: el rostro del baron nada perdía de su blancura; ni su cabellera dejaba de ser rubia y luenga; ni Záfiro moria, ni los lebreles envejecian.

Y los bosques seculares del Pirineo oian repetir continuamente:

—¡Joup, Záfiro, Joup! Corre caballo mio: alcanza al venado de diez puntas, y condúceme donde me esperan el vino rubicundo y las mujeres hermosas. ¡Joup, Záfiro, Joup!

El baron habia pasado la noche en una espantosa orgia.

A la mañana siguiente acertó á pasar al al-

cance de su venablo un horrendo jabali: encabritóse Záfiro al verlo, pero obligado á obedecer al acicate de su amo, partió á escape tras la cerdosa fiera que Luis hirió con su arma.

Corria el jabali; corrian los perros tras él; corria el de Lehet en furiosa carrera, arrojando gritos de alegría y alejándose de su comitiva que no podia seguirle.

De esta manera llegaron á lo mas profundo de un sombrío valle, en donde la fiera se arrojó á un charco de aguas cenagosas y los lebreles con él.

Cuando Luis de Lehet desembocando de la espesura, se acercaba al sitio en que permanecian rendidos de fatiga sus perros y el jabali, vió que un apuesto mancebo se dirigia denodadamente á matarlo.

—Teneos jóven, teneos; esa presa es mia: gritó el baron de Garro.

El mancebo le miró, se encogió de hombros, y entró en el charco.

Un minuto despues el jabali se revolcaba en el cieno, arrojando sangre por la ancha herida que el montañés le habia abierto con su daga.

Luego cortó la cabeza al jabali y levantándola en alto, y enseñándosela á Luis que lo miraba sorprendido, le dijo con ademan provocativo:

—Esta presa es mia, venid á quitármela.

El baron se arrojó al encuentro del jóven: aguardó este la acometida con la mayor serenidad, y hundió la daga en el costado del caballero.

—¡Luis de Lehet! gritó al ver que el baron caia del caballo: yo soy el hijo de Maria.

El baron volvió sus vidriosos ojos hácia el mancebo, que limpiando la hoja de su daga con la mayor indiferencia, se marchó.

Apenas Luis cayó al charco, empezó á ennegrecerse su rostro y á contraerse su cabellera.

Los perros se lanzaron sobre él y lo despedazaron á pesar de sus alaridos de dolor.

.....

A las altas horas de la noche, ó cuando amanece un dia tempestuoso, oyese retumbar en las cañadas y barrancos una voz estentórea que grita:

—¡Joup, Záfiro, Joup!

Y á través de la lóbrega noche ó de las trombas destructoras, se vé correr un caballo negro, montado por un ginete negro, y seguido de lebreles gigantescos negros tambien.

De la cima del Iru salta á la cima de Izpegui: de aquí se derrumba al precipicio de Arlecu; de allí vuela hácia el Izarcun, atraviesa el rio Oria y aparece sobre el Haya: precipitase hácia el mar, llega á la tempestuosa é inhospitalaria costa.

Los brazos del corcel tocan ya las crestas de las olas.... el ginete lanza un grito de alegría porque al fin va á cesar su cacería fantástica.

Un fuerte resoplido del caballo, se une entonces al mugido de las olas.... el furioso cuadrúpedo gira rápidamente sobre sus piernas, y emprende de nuevo la desesperada carrera tierra adentro...

El ginete entonces grita con voz espantosa y que domina al huracán.

—¡Joup, Záfiro, Joup!

Y caballo, ginete y perros desaparecen arrebatados por el torbellino de oscuras y arremolinadas nubes.

El alma de Luis de Lehet seguirá cazando hasta el fin del mundo.

J. M. DE GOIZUETA.

AÑO NUEVO.

A buen tiempo interrumpimos nuestro silencio y reposo para cruzar de la tierra rios, montañas y golfos.

De la Navidad el viento nos presta su dulce soplo y alegremente vogamos entre turrone y bollos.

Nuestra esperanza contempla por do quier grato alborozo en ese mar de las Pascuas que parece un refectorio.

Y con tan buenos auspicios, mas que le pese al demonio, hemos de llegar al Puerto sin encontrar un escollo.

¿Será que aciaga fortuna nos quiera mostrar su encono cuando pase esta marea de dulces, pavos y pollos!

Para que todos lo entiendan digámoslo de otro modo; dejémonos de figuras y hablemos liso y lirondo.

Preguntábamos si el año que á correr vamos muy pronto será como el que termina, ó si será mas dichoso.

Nuestros barruntos son buenos, y si no miente el horóscopo, hemos de vivir alegres de la fortuna en el colmo.

Pasarán las Navidades con el momentáneo gozo que el jaleo... de jalea proporciona á los golosos.

Pero vendrá en pos de aquella el carnaval bullicioso con sus disfraces y danzas á divertir á los locos.

Y á las hermosas doncellas que buscan dulces coloquios prefiriendo á los turrone los vales y los pipos.

Esta borrasca del año con su matraca y holgorio

y el sempiterno estribillo

«¿Me conoces?—¿te conozco?»

Es lo que encanta á las bellas, porque pueden sin bochorno entregarse á ciertos goces presagios de muchos otros.

Pues cada paso de polka y cada golpe de codo son en verdad otros tantos conatos de matrimonios.

Tambien pasará este tiempo, cuya zambra y alboroto aliento da á los cobardes y hace brincar á los cojos.

Pero vendrá la cuaresma dando campo á los devotos, para buscar otros goces en ejercicios piadosos.

Y merecer cuando mueran subir de la gloria al trono despues de pasar en vida las penas del purgatorio.

Mas tarde.... pero mas tarde vendrán si no me equivoco, (despues de la primavera, tiempo alegre y delicioso),

Brindando como es costumbre placeres de tomo y lomo á los hambrientos estío, y á los borrachos otoño.

Harto sabemos no obstante, que mientras unos al logro de estos solaces aspiran en todo el terrestre globo;

Habrá muchos desdichados que espresen con sus sollozos, de las miserias humanas el infernal desarrollo.

Y no hablamos de los pobres que, despues de mil sofocos, dando á los ricos el trigo se quedan con el gorgojo.

Ni de aquellos desdichados que en inmundos calabozos, solo la música gozan de los grillos y cerrojos.

Otros que respiran libres y guardan ricos tesoros desde la cuna al sepulcro pasan la vida en un potro.

Así, pues, el año entrante hará humedecer los ojos á negociantes avaros, á los amantes celosos.

Y á otros muchos infelices que, en perdiendo en un negocio, aunque en dos mil saquen fruto se dan á dos mil demonios.

Compónganse como puedan, y allá se las hayan todos los que á ridículos vicios pagan risibles soponcios.

Mientras nosotros alegre

podemos mostrar el rostro,
contando de la fortuna
con el magnífico apoyo.

Con él contamos, lectores,
y tomadlo como propio,
pues de vosotros hablamos,
cuando hablamos de nosotros.

DON EMILIO.

REVISTA DE MADRID.

*Crisis de un personaje.==Su historia.==Sus hechos.
==Su muerte.==Madrid con sus males.==La corte con sus bienes.==Dos escándalos.==Ellas y ellos.==Una desgracia.==Un crimen.==Un incendio.==Palacio del duque de Medinaceli.==Restauración de un convento.==Una anécdota.==Su protagonista.==Vaticinios cumplidos.==Ceremonia solemne en palacio.==Muertes sentidas.==El mundo y un convento.==Obras en Madrid.==Soiré en casa de Narvaez.==Teatros.==Casamientos.==Día de Navidad.*

Una noticia grave.

El personaje mas importante de la época está en cama.

Muere de tisis.

Lámpara sin aceite; flor sin aroma; árbol sin fruto; fuente sin ondas; viento sin suspiros; estrella sin reflejos: su vida va desapareciendo del libro del mundo.

Sus horas están contadas.

Apenas la manecilla del reloj se pose sobre uno de esos informes garabatos de la esfera; apenas el péndulo descifre el último minuto de su existencia; no bien el pausado mazo marque las horas que vuelan á la eternidad; ese ser, aborto de tantos males, origen de tantos bienes, habrá dejado de existir.

Y sin embargo, muere sin remordimientos.

Porque muere anciano.

Pero muere anciano, sin haber sido niño, ni joven ni viejo.

Su vida es indescifrable.

Su vida un misterio.

Nació del tiempo, vivió del tiempo, lo mata el tiempo.

Pero ha hecho estragos.

Pero ha creado bienes.

Su nacer ha sido huracán para unos.

Les ha secado las mas bellas ilusiones de su existencia.

Consuelo para otros.

Les ha unido á los seres mas queridos de su alma.

Alivio para pocos.

Ha endulzado sus horas de amargura.

Triaca para muchos.

Ha envenenado sus dias de esperanza.

Y su soplo ha revuelto á la humanidad.

La ha agitado, consumido, arrastrado, como una gigantesca espiral de hojas secas perdidas en el espacio á impulsos de la tempestad.

¡Cuántas lágrimas no ha hecho verter!

¡Cuántos dolores no ha creado!

¡Cuántas dichas no ha confundido!

¡Cuántas esperanzas no ha burlado!

Niño para los niños, su paso por ellos ha bastado á reducir á polvo sus infantiles juegos: iluminando su alma, les ha dado ideas; dándoles ideas los ha regenerado; regenerándolos, los ha perdido.

Los niños, pues, desaparecieron del mundo.

La sociedad cuenta con algunos hombres mas.

Jóven con los jóvenes, ha detenido la impetuosa carrera de muchos, blanqueando sus cabezas: ha arrojado á nuevos escesos á otros, dándoles ilusiones; ha secado el corazón de estos, matándoles el deseo; ha ennoblecido el alma de aquellos, creándoles los hijos; ha idealizado la virtud en los mas; ha amamantado el vicio en los menos; ha desgarrado una página de la historia del presente, para copiarla en el libro del pasado de todos.

Viejo con los viejos, ha endulzado padecimientos; ha amargado esperanzas; ha burlado ilusiones; ha despedazado quimeras; ha dado, en fin, el descanso á unos en la tumba, el consuelo á otros en lo pasado, la calma en el presente, la ilusión en lo porvenir.

Bajo su égida han caminado reunidos en una misma noche, iluminados por los tibios rayos de una misma luna, confundidos bajo un cielo mismo, apiñados por los mismos vientos, estinguidos por los ecos mismos, todos los ayes, suspiros, gritos, lamentos, imprecaciones y gemidos de la afligida y dichosa humanidad, que en brazos del placer ó en alas del dolor, han arrancado de sus pechos las diferentes notas que albergaban en momentos supremos de su existencia.

¡Cuántas veces, si, la misma luna que bajo el rico pabellón de estrellas cruzaba tranquila y reposada, habrá iluminado la casta frente de la virgen al recibir el primer ósculo de amor, y la mano del asesino, hundiendo el acerado puñal en el ensangrentado pecho del caminante, mientras que el viento confundía entre sus pliegues el grito de languidez de la una, y el ¡ay! desgarrador del otro!

¡Cuántas veces en un sitio mismo, al iluminar todo un mundo con su misteriosa luz, habrá escuchado en el silencio de la noche los confusos ayes del moribundo confundidos con los atronadores ecos de la orgia, y el lúgubre tañer de las campanas revuelto con el alegre sonido de las copas!

Mas basta ya.

El ser de que hablamos se muere, se muere.

Pero ¿de qué sirve que muera?

¿Qué le importará su desaparición del mundo á la hermosa jóven que bajo su influjo fué sedu-

cida, despreciada, abandonada y envilecida?

¿Qué al rico capitalista, al opulento banquero, al bien quisto comerciante que en una jugada de bolsa, por una mala combinacion de crédito, por un pensamiento falso é iluso perdió en un día dado, toda su fortuna, su crédito, su porvenir?

¿Qué á la pobre niña, que huérfana de padre vive al abrigo materno como tierna avecula en su nido, y en una noche cruenta, su anciana madre queda paralítica, sufre meses y meses, y se levanta para el sepulcro?

¿Qué á los ancianos padres, que sostenidos por un solo hijo, lo ven desaparecer en una calle abrasado por la mortífera metralla, ó por el plomo traidor de algun miserable?

¿Qué á la mujer amante, que atropella por los sagrados vínculos de la familia, por los imponentes lazos de la sociedad, por huir, por unirse al hombre á quien entrega ciega honra, vida, amor, y que ya poseida y ajada, se vé envilecida ante el mundo, al ser despreciada por el amante?

Pero en cambio...

¿Qué placer no sentirán los que se hayan enriquecido con la ruina del capitalista, el banquero y el comerciante?

¿Qué dicha no albergará la niña que se haya unido al ser á quien amaba?

¿Qué gloria no experimentará el padre que puede ver á su hijo aplaudido en literatura, gigante en las artes, ministro ó diputado?

¿Qué venturosa no se juzgará la mujer que haya podido brotar de sus entrañas un tierno vástago, heredero de inmensos bienes, poseedor de un nombre ilustre?

¿Qué risueño no se mostrará el que se haya sacado el premio grande de la lotería?

El mundo, ya se sabe, no es otra cosa que un juego de represalias.

Lo que unos lloran, los otros rien.

El bien de estos es perjuicio para aquellos.

El mal de aquellos, es beneficio para estos.

Lo que unos pierden, los otros lo encuentran.

La tristeza de los unos, se compensa con la alegría de los otros.

La fortuna es un juego de lotería.

Todos, como en esta, ponen algo de su parte para cargar con ella.

En la lotería se contribuye con dinero para que solo cobre.

En la fortuna se pertrecha con ingenio para que pocos gocen.

En tanto todos viven de ilusiones.

¡No es poco conseguir!

Así, pues, nuestro enfermo está deseando huir, y lo conseguirá.

Dentro de algunos días infaliblemente no existe.

La lápida está ya hecha.

Dice de este modo:

«Aquí yace,

«El año 1856.

«Reiros de él.»

Ahora decidnos si nos faltaba razon al asegurar que el principal personaje de nuestros días estaba enfermo de cuidado.

¡Como que ha tenido el suficiente poder para hacernos á toda la humanidad trescientos sesenta y cinco días mas viejos, que no es poco hacer!

Pero dejémosle en santa paz, y veamos á Madrid por el último boquete del año de gracia que va á concluir.

Primero: ha llovido.

Segundo: ya no llueve.

Tercero: ni lloverá.

Este es el total de un mes de rogativas que hemos tenido, por cierto bien tristes, frias y desapacibles.

Cuatro municipales á caballo, algunos pendenos y mas de mil chiquillos han sido el complemento de la ceremonia.

Y es que aquí solo se piensa en divertirse; porque como dicen, la vida es breve y el tiempo alado: y en parte no les falta razon.

Así, pues, en lo que vá de mes, ha ocurrido:

Un duelo entre dos señoras.

Otro entre dos señores.

Un suicidio.

Un infanticidio.

Algunas puñaladas.

Varios incendios.

Y no pocas pulmonías.

Esto, tocante á lo malo, y salvo error de pluma ó suma

Tocante á lo bueno:

Bailes en casa de los condes de Superunda y Velle, y tres particulares.

Bodas.

Inauguracion del canal de Isabel II.

Otra del Conservatorio de música y declamacion.

Y muchas de diferentes materias.

Funciones en los teatros.

Animacion en las tertulias.

Apuestos para noche buena.

Y grandes esperanzas de diversiones.

Pero vamos por partes.

Ruido y no poco ha causado en la coronada villa, el duelo verificado entre dos damas de alto copete en una casa particular con pistola de sala, si bien sin consecuencia alguna.

Esta vez era un *él*, el protagonista del drama.

Parece ser que ambas le amaban; que no se conocian; que un día una de ellas le vió con la otra; que fingió una carta dándole una cita, y á él otra á un sitio dado; que fueron los incautos; que la celosa los sorprendió, y que hubo mientes como puños y hubo puños como mientes, hasta llegar al extremo que hemos indicado.

Lo cual si no es nuevo es verdad.

Hoy se pasean juntas en el mismo carruaje.

Se burlan del ingrato.

De algun modo han de olvidar su agravio.

El de los señores fué mas formal.

Se verificó á sable.

Uno de ellos descargó tal cuchillada á su contrario, que le rompió la clavícula, parte de la me-
gilla y una de las orejas.

Pero se ignora *quien es ella*.

Lástima de hombres!

Tambien ha habido que deplorar otra desgra-
cia, se cree que consecuencia de amores.

Una jóven, hermosa y rica señorita, por cier-
to muy conocida en Madrid, se suicidó por me-
dio de la asfixia.

Cuando entraron en su gabinete era cadáver.

Dios la haya perdonado!

Se nos antoja que volvemos al romanticismo,
ó que hay lunas fatales en la bendita capital.

Hace unos dias se encontró al amanecer en
medio de una calle un niño recién nacido, cadá-
ver ya.

No se puede pedir mayor sarcasmo del crimen.

Mayor baldon arrojado á la frente de la so-
ciedad.

Esto aquí es muy frecuente.

Sobra gente para todo.

Nuestro café Suizo estuvo noches atrás espues-
to á ser víctima de un incendio.

Situado en la calle de Alcalá, ocupa el piso
bajo de la magnífica casa que habitan los ricos
capitalistas Uhagones.

El fuego empezó por el tejado.

Los presentes en el café salieron despavoridos.

Se arrojaron miles de papeles por los balcones.

Corrió la gente.

Tronaron las campanas.

Llegaron las bombas... y se apagó el fuego.

En cambio, lo que el fuego destruye, lo ganan
los jornaleros.

Y váyase lo uno por lo otro.

La casa del duque de Medinaceli, que por sí
sola forma una larga calle, y acribillada á metra-
llazos en esta última revolucion, ha empezado á
ser restaurada.

La fachada nos hacia recordar involuntaria-
mente la sencilla gravedad de sus antepasados
dueños: aun por entre sus rejas creíamos colum-
brar la misteriosa aparicion de alguna dama, es-
cuchando en la callada noche la melancólica can-
tinela de algun gallardo trovador: aun por su lar-
ga acera se nos figuraba oír las metálicas espue-
las de algun caballero dirigiéndose á nocturna
cita: aun por entre las sombras pensábamos ver
ondular las blancas plumas pendientes del cham-
bergo de gallardo doncel, al dirigirse benchido
de ilusiones á un baile en el palacio del Buen
Retiro.

Pero ¡ah! vanos sueños de la mente.

El pico del trabajador ha empezado á obrar.

Gruesos y gigantes andamios cubren las pa-
redes.

Mañana ya tendremos un palacio moderno.

Su historia datará desde ese dia.

En cambio estará mas bonito.

Tambien se ha empezado á restaurar el hospi-
tal de la Concepcion, monumento del siglo XVI,

y uno de los poquísimos que se conservan en
Madrid.

Y es extraño, porque no hay dia que no ven-
gan abajo edificios respetables para alzar sobre
ellos elegantes casas á la italiana, ó soberbios pa-
lacios con jardines.

Y ya que hablamos de *caprichos caseros*, no
estará de mas una anécdota que circula ha dias
por la corte, y que no deja de tener su *vis dra-*
mático.

Allá por atrasados años, parece se dirigieron
varios sugetos en busca de alegres impresiones á
los montes de Toledo; es decir, que fueron de
caza.

Había allí un lugar muy estimado de los afi-
cionados, si bien perteneciente á un individuo.

Se trató de comprarle; empezaron las gestio-
nes; y á duras penas y despues de no pocas pro-
mesas, lograron nuestros héroes entrar en posesi-
on de la mitad del paraje.

Entonces dijo uno;

—El primero de entre nosotros que llegue á
ser rico, ha de hacer aquí una casa de campo
destinada esclusivamente á la caza.

Y la idea fué aplaudida y aprobada.

Pasó aquel tiempo.

Pero llegó otro.

Es decir, el año de 1856.

Y uno de los individuos era ya rico.

Millonario.

Y se acordó de la promesa.

Y la casa está ya levantada.

Y su dueño tiene un nombre.

Se llama D. Juan Prim; es general y conde
de Reus.

No pueden haberse realizado mejor antiguas
esperanzas.

Y ya que de personajes tratamos, vamos á
reseñar ligeramente un acto verificado hace unos
dias en palacio.

Se trataba de una antigua y solemne cere-
monia.

De cubrirse delante de la reina varios perso-
najes.

Estos eran el Conde de Fernan-Núñez; Mar-
qués de Santiago; Marqués de Castell-Rodrigo;
Duque de Soto Mayor y Marqués de la Romana.

Efectivamente; hallándose presente toda la
corte, damas de honor, y altos funcionarios de
la corte, la reina dispuso se cubriesen en su pre-
sencia los cinco nobles ya citados.

Y se cubrieron.

Y con esto dió fin lo que con tal ansia debian
esperar los agraciados.

El Sr. Fernandez de los Rios, antiguo direc-
tor de *Las Novedades* ha perdido á su esposa Do-
ña Teresa Rueda.

Un numeroso cortejo fué á rendir el último
tributo á la amistad, hasta el postrer asilo.

Séale la tierra ligera.

Tambien fueron conducidos con gran pompa
y aparato los restos del Sr. Perez del Pulgar, Mar-
qués de la Vega del Pozo; del último Marqués de

Casa-Gaviria y de D. Indalecio de la Torre y Depedro, Marqués de Casa-Madrid y mayordomo de semana.

Al mismo tiempo moria para el mundo la señorita Doña Adelaida Cirder, profesando de religiosa en el real convento de la Encarnacion.

La reina fué su madriña.

En tanto, Madrid sigue impávido, inmutable.

La traida de aguas del Lozoya, trae preocupados á sus habitantes.

Y no es para menos.

Con las aguas, Madrid empezará á ser corte, dejando de ser cortijo.

La inauguracion fué magnífica.

Despues de ella hubo un suculento almuerzo.

Se brindó de largo.

La mesa fué presidida por el general Narvaez.

Y á propósito de Narvaez.

Ha abierto sus salones.

Recibe todos los sábados.

El 13 de este fué el primer dia.

Los salones estaban atestados.

Diplomáticos, grandes de España, literatos, militares, títulos de Castilla, estrangeros, todos tenian allí sus representantes, así como la aristocracia femenina, sus mas brillantes joyas.

Es *soiré* de confianza.

El *buffet* fué magnífico.

La reunion empezó á las nueve y concluyó á la una.

Tambien estuvieron magníficos los bailes dados por los condes de Superunda, y condes de Velle.

Estos últimos no han señalado aun dia para recibir.

De teatros poco y malo.

En el *Circo* se estrenó una comedia de Muntadas con el título de *Deudas pagadas*, que apenas duró cuatro noches.

Era inmoral.

El *Principe* tambien nos regaló un original de Larra, *La pluma y la espada*, la mas floja de este jóven autor.

El *Principe* agoniza.

Y esto ya lo debian saber sus empresarios.

No es cuestion de sorprenderlos.

El Diablo en el poder, zarzuela de Camprodon y Barbieri, ha hecho tambien un semi-fiasco.

La gracia de la obra estribaba en las alusiones políticas: la censura las ha acogotado: la zarzuela, pues, ha quedado como el teatro al apagarse las luces: á oscuras.

La censura está terrible.

Injusta á veces.

Pero... cartuchera en el cañon.

De matrimonios, poco.

Sigue la sequía.

Estos últimos dias se ha verificado el de la señorita Doña Pura Campo Santo, hija de los condes del mismo título, con un jóven bastante rico; igualmente que el de la señorita Doña Vicenta Ariza, hija del distinguido escritor Ariza, con un comandante de artillería.

Séales gloriosa su empresa.

Pero nos olvidamos de Navidad.

Aun cuando ¿qué podremos decir de ella que no suceda en todas partes?

Sin embargo, aqui es un dia terrible; mas que por todo, por sus horribles preliminares.

Hace ocho dias que no puede pararse en las casas. Multitud de chiquillos, con la cara de color de remolacha, á causa del frio, recorren en tropel sus respectivas calles provistos de rabeles, pitos y tambores, armando la algarabía mas infernal del mundo.

Tambien empiezan á verse por todas partes los ricos presentes que la amistad consagra; así como las inmensas baterías de repuestos que la especulacion crea; todo lo qual predispone el apetito, y hace vacilar el bolsillo de una manera fabulosa.

Aquí se celebra misa de Gallo.

En S. Luis es magnífica.

En cambio el Saladero (cárcel pública) amenaza repleto.

La gente de aqui vive al vapor.

Por eso suele pagar tan caros los vapores.

Su placer tendrán en ello.

S. DE MOBELLAN.

LA HIPOCRESIA DEL VICIO.

COMEDIA INEDITA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

DE

D. Manuel Breton de los Herreros.

ACTO SEGUNDO.

Sala con tres puertas: una grande en el foro, con pasillo detrás, que por la derecha del actor conduce á la escalera, y por la izquierda á un salon de baile: otras dos laterales, una enfrente de otra, las cuales se supone tambien que tienen comunicacion con lo interior de la casa. En medio del escenario habrá una gran mesa con tapete verde, donde se juega al monte. El banquero estará sentado dando frente al público: los puntos, unos sentados, otros de pié, y la mayor parte sin disfraz, se aumentan ó disminuyen segun lo disponga el director de escena, para representar con la posible verosimilitud las vicisitudes de un juego de azar en que todo el que quiera puede tomar parte, y que tiene efecto en una casa donde al mismo tiempo se recibe á multitud de máscaras, que entran, salen, bailan, pasean, forman corrillos, etc. etc. D.^a Lupa, D.^a Higinia y D.^a Policarpa no se mueven de su asiento mientras dura el juego. A intervalos se oirá la música, que toca

dentro vals, rigodon, etc. y entonces quedará mas desembarazado el escenario.

Escena I.

D.^a LUPA. D.^a HIGINIA. D.^a POLICARPA. JUGADORES. *Máscaras de ambos sexos.*

Música dentro.

JUG. 2.^o Al as.
 JUG. 3.^o Medio peso al siete.
 D.^a LUP. Reniego de mi fortuna.
 D.^a HIG. Al siete.
 JUG. 4.^o Fuera de doble.
 JUG. 5.^o (*Acercándose á la mesa.*)
 Oh señora doña Lupa!
 D.^a LUP. Servidora.
 JUG. 5.^o Y Dorotea?
 D.^a LUP. Baila con su primo Urrutia.
 D.^a HIG. (*Aparte con el jugador 4.^o*)
 Mal hecho es llevar las niñas
 á donde hay tanta trifulca.
 Yo dejo á la mia en casa.
 JUG. 4.^o Así estará mas segura....
 (de que mamá la sorprenda
 con el galan que la arruya.)
 JUG. 2.^o A la sota.
 JUG. 3.^o Case usted
 á ese dos.
 JUG. 6.^o Ahora, ó nunca.
 Al dos esa onza.
 JUG. 1.^o *Es el que talla. Juego.*—
 Siete en puerta.
 D.^a LUP. Nada? Ni una
 le acierto.
 JUG. 1.^o *Pagando.* Casado.
 D.^a HIG. A mí.
 JUG. 1.^o Cinco duros.
 JUG. 4.^o Aquí.
 D.^a LUP. ¡Es mucha
 suerte!
 JUG. 1.^o Tres, y uno á casar.—
 Peseta.
 D.^a POL. A mí.—Es de columnas.
 JUG. 1.^o Mas de un real vale la puerta.
 D.^a POL. No lo permito. Qué usura!
 Puerta por esa bicoca!
 JUG. 4.^o Señora, aquí no circulan
 pesetas de cinco reales,
 porque los picos trabucan...
 Todas pasan por de cuatro.
 D.^a POL. Las de cinco se rebuscan
 para las clases pasivas,
 y harta desgracia es ser viuda
 sin obligarme á perder
 el quinto de mi pecunia.

JUG. 1.^o Oh!... A ver? Cuántas columnarias
 tiene usted?

D.^a POL. Corta es la suma,
 porque ya he perdido seis.

JUG. 1.^o Cuántas?

D.^a POL. Ocho. Suerte dura!

JUG. 1.^o Vengan y las cambiaré
 por de cuatro.—Son diez justas.—
 Para evitar trabacuentas
 guardaré las del *plus ultra.*
 (*Se las mete en el bolsillo.*)

D.^a POL. Pero el real que usted me debe...

JUG. 1.^o (*Dando una peseta.*)

Tome usted, y no nos pudra.

D.^a POL. (*Groserazo!*)

JUG. 1.^o Juego.

JUG. 6.^o Es dos.

D.^a HIG. Un dos contra una figura?

Es imposible.—Soy sota.

(*Echa una moneda sobre la mesa.*)

JUG. 6.^o Usted no entiende esta cúbica.

Contrajudia es el juego.

D.^a HIG. Sota! No lo dije?

JUG. 6.^o (*Bruja!*)

JUG. 1.^o (*Pagando.*)

Dos.

JUG. 2.^o Dos.

JUG. Uno.

D.^a HIG. A mí.

D.^a LUP. (*Está visto:*
 ese traidor las enfulla.)

Escena II.

Dichos. D. TORCUATO.

(*Sigue el juego.*)

D. TOR. (Aquí estaré mientras bailan;
 que en aquel salon se suda
 lo temporal y lo eterno.
 Qué algarabía! qué bulla!
 qué desórden! ¡Y hay cristiano
 que prefiere estas angustias
 al regalo de la cama!
 Hola! Allí, segun se agrupa
 la gente, tiran la oreja.
 ¡Y no habrá cárcel ni multa...!
 (*Se acerca á la mesa.*)

(*Mujeres tambien! Oh escándalo!*)

Así á sus hijos educan!

Así cuidan de su casa!...)

D.^a LUP. ¡Cuando digo que esta luna
 es fatal!... Ya dobló el cinco!

JUG. 2.^o (*Me encocora esta lechuza.*)

JUG. 1.^o Entrés.

D.^a LUP. Me retiro en tres.

JUG. 1.^o Retírese usted si gusta.—

Juego.
 JUG. 3.^o Al cuatro.
 D.^a POL. Al rey.
 JUG. 2.^o Al cuatro.
 JUG. 4.^o A ese rey.
 D. TOR. (Cesó la música.
 Allí esperaré á Felisa.)
 (Se sienta á un extremo del tablado.)

Escena III.

Dichos. D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINES.

D. MAU. Dominó verde? Alta? Rubia?
 D. MIG. Sí. Qué donaire! qué brio!
 Es divina criatura.
 D. TOR. (Es Miguel, y aquí se acerca.
 Finjo dormir.)
 D. MAU. Y esa chusca
 ¿no te ha mostrado la cara?
 D. MIG. No, que á conservarla oculta
 graves respetos la obligan.
 D. GIN. Ella... respetos!
 D. MIG. Lo dudas?
 D.^a LUP. El cinco, y me retiré!
 Maldición!...
 D. GIN. ¿Cómo se burla
 de tí!
 D. MIG. ¿Burlarse, y me cita
 para mañana á la una...
 D. MAU. Pobre Miguel! Dios te libre
 de semejante gurduña.
 D. MIG. Qué! ¿tú sabes...?
 D. MAU. Pues ¿si es mas
 conocida que la ruda!
 Al revolver de esta calle
 vendia horchata de chufas
 antes de ser propiedad
 de un propietario de Murcia,
 pájaro á quien ya supongo
 que habrá dejado sin pluma.
 D. MIG. Qué dices!
 D. GIN. Brava conquista!
 D. MAU. Con esta página ilustras
 tu biografía galante.
 D. TOR. (Títeres!)
 D. MIG. Nada de pullas!
 Lauros sobran á mi frente,
 si uno entre tantos se frustra.
 Citad vosotros alguno
 como mi escena nocturna
 de las Salesas. Mañana
 entre rosales y murtas
 brindareis Champaña y Rhin
 por mi consorte... presunta,
 y de envidia al contemplarla
 ENERO.

os vais á morder las uñas.

(Siguen hablando aparte.)
 D. TOR. (¡El fatuo... Hay enfermedades
 que solo á palos se curan.)
 (Llegan por el foro Felisa é Inés con
 dominós y caretas.)

Escena IV.

Dichos. FELISA. INÉS.

FEL. Le hemos perdido de vista.
 INES. Como tanta gente cruza
 en confuso remolino,
 no es mucho que se escabulla.
 FEL. Don Torcuato!
 D. TOR. (Levantándose y acercándose á Fe-
 lisa.)
 Allí le tienes,
 Felisa.
 FEL. A quién?
 D. TOR. Al que buscas.
 FEL. Ah!... No le buscaba á él solo.
 D. TOR. Pues á quién?
 FEL. Buena pregunta!
 A mi querido tutor.
 D. TOR. Gracias. (El alma me punzan
 los inocentes halagos
 que su labio me tributa.)
 Llegas á tiempo. Miguel
 está de vena y de chungá.
 FEL. Sí?
 D. TOR. Refiere á los amigos
 sus galantes aventuras.
 FEL. Muy animados están.
 D. TOR. Mucho! Acércate y escucha:
 oirás divinidades.
 INES. (Acercándose á D. Miguel y sus ami-
 gos, que continúan en alegre coloquio.)
 Formemos tambien tertulia
 los tres, y no advertirán...
 D. TOR. No son hombres que se turban
 por testigo mas ó menos.
 (Prosigue la conversacion en cada
 grupo, con independencia del otro.)
 D. MAU. Pronto hablarán de su fuga
 los periódicos.
 D. MIG. ¿Qué importa,
 mientras nadie me denuncia
 como raptor?
 FEL. (A Inés.) De tí se habla.
 D. MIG. Cuando empiece á hacerse pública
 mi anécdota, ya veremos
 lo que he de hacer con la alumna
 consabida.
 INES. A ver? Oigamos.

- D. MIG. La esconderé en una gruta,
ó bien, segundo Teseo
de esta Ariadna sin ventura,
la dejaré abandonada
en alguna isla inculta.
- D. TOR. Qué tal? El niño se esplica.
- FEL. Su imaginacion fecunda
ha forjado una novela,
y es fuerza que la conduzca
á un desenlace ruidoso,
sin lo cual seria insulsa.
- INES. Lo malo es que la heroína
resueltamente rehusa
ser la segunda edicion
de aquella Ariadna difunta.
- D. MIG. La policía? Bobada!
A hombres como yo no asustan
agentes ni comisarios:
se les casca, ó se les unta
la mano... Ni ese episodio
es lo que mas preocupa
mi imaginacion. Los raptos
son ya pecata minuta
para mí. No es maravilla
que un elegante seduzca
á una muchacha inesperta.
En mayor timbre se funda
mi orgullo.
- D. MAN. Será posible!...
- D. MIG. Damas hay de ilustre cuna
que me requieren de amores.
- D. MAN. Serán feas ó vetustas.
- D. MIG. No; hermosas... Oh! celestiales.
(Mostrándoles el retrato del acto 1.º)
- Mirad esta miniatura.
- FEL. Ea, ya estoy en campaña!
Oigamos cómo me juzgan.
- D. MAN. Bello busto!
- D. GIN. Lindo rostro!...
- D. MIG. Oh!
- D. GIN. Si el pintor no la adula.
- D. TOR. Eso no!
- FEL. De veras?
- D. TOR. No.
- D. MIG. Antes direis que la injuria
cuando viva contempleis
tan peregrina hermosura.
- D. TOR. Dice bien..., en profecía;
pero miente como un Júdas,
porque no te ha visto...
- D. MAN. Y ¿cuándo
cayó en tu red esa trucha?
- D. TOR. Qué language! ¡Vive Dios!...
- FEL. Quietos!
- D. MIG. Alto ahí! Tú la insultas...
- FEL. Vé usted? Ya vuelve por mí.
- D. MIG. Ya la poseo en pintura,
y en mas de un tierno coloquio
mayor tesoro me anuncia.
- D. TOR. Picaro! alevel!...
- FEL. Silencio!
- D. TOR. Su lengua vil te calumnia,
¡y he de sufrir!...
- D. GIN. Oiga! ¿Aspira
al casto yugo?
- D. MIG. Y si alguna
pudiera, Ginés querido,
arrastrarme á esa locura...
- D. TOR. Qué moral!
- D. MIG. Por ella sola
daria un nuevo recluta
á la mansa cofradía
de que hacemos tanta burla.
- FEL. Al fin, me hace mas honor
del que esperaba.
- D. MIG. Mi industria
triunfará de ese peligro.
- D. MAN. Pero ¿es rica?
- D. MIG. Oh! mas que Júcar.
- D. TOR. Qué sabe él....
- D. MAN. Pues siendo así,
mal harás si no apechugas
con el santo matrimonio.
- D. MIG. Y ¿mi libertad?
- D. MAN. Tontuna!
Ya ningun *leon* la pierde
por la bendicion del cura.
Para ellas, no para todas,
rige solo esa liturgia
de arras, promesas y velos.
Nosotros tenemos bula
para adoptar en España
las instituciones turcas.
La crónica escandalosa
te dirá, si la consultas,
que en gran parte son casados
los calaveras de punta.
Hay hombre á quien su consorte
brinda con dulce ternura
el legitimo usufruto
de todas las gracias juntas,
y aunque al riesgo se aventure
de represalias mayúsculas,
la venal coquetería
de otra mujer le sojuzga
que no merece el honor
de descalzar á la suya.
- D. GIN. Y fisan todos los dias
es dar tormento á la gula:
bueno es variar, aunque sea
con chiribías y alubias.
- D. MAU. No consiste el atractivo

de una querida en ser rucia
ó rodada, flaca ó gorda,
valenciana ó andaluza,
sino en ser otra.

FEL. Vé usted?

D. TOR. Ellos son los que le impulsan...
No lo necesita el mozo.

INES. Sí, señor; ellos abusan
de su inesperienza.

D. MIG. En fin,
venza yo ó caiga en la lucha,
digna de mí y de vosotros
será mi ulterior conducta.

D. TOR. Lo creo.

D. MIG. La noche es larga
y el baile me descoyunta.
Echemos un par de albuces.

D. MAN. Bien.

D. GIN. Sí.

(Se acercan á la mesa de juego y toman parte en él.)

D. TOR. Y ahora ¿quién le azuza?

FEL. También jugador!

D. TOR. ¡Si digo
que es una alhaja!

D. MIG. ¿Se apunta
á la cargada?

JUG. 1.º Sí.

D. MIG. (Echando una moneda sobre la mesa.)
Al seis.

FEL. Vámonos, que me repugnan
los garitos.
(A D. Torcuato que la seguía.)
No; usted no.

D. TOR. Vele usted por él.
¡Me gusta
la comision! ¿Qué he de hacer?
Tú no querrás que descubra
quien soy.

FEL. Ah! no; no conviene
como no sea en la última
estremitad.

D. TORC. Está bien.
Me meteré entre esa chusma
y obraré como convenga;
que aunque ya está mi falúa
en puerto de salvamento,
algo tambien de su aguja
de marear se me alcanza.

FEL. En la sala de la estufa
espero.

D. TOR. (Incorporándose á los jugadores.)
(Dios me lo tome
en descargo de mis culpas.)

FEL. (A Inés.)
Ven....

(Aparece por uno de los costados Benito, vestido de elegante ridículo.)

INES. Cielos!

FEL. De qué te espantas?

Escena V.

DICHOS. BENITO.

INES. Aquella caricatura
es Benito.

BEN. ¡Tiene mi amo
las ideas mas absurdas!
Pero habré de complacerle,
aunque me cueste una zurra
la gracia.)

INES. (Aparte con Felisa.)
Sí, sí; es preciso
que yo interpele y confunda
á ese pillo.

FEL. Allí te espero.
No tardes. (Vase por el foro.)

BEN. (Dirigiéndose á la mesa.)
Vamos...

INES. (Cogiendo á Benito de la mano llevándosele á un extremo del teatro y disfrazando la voz.)
Escucha.

Escena VI.

INES. D.^a LUPA. D.^a HIGINIA. D.^a POLICARPA.
D. TORCUATO. D. MIGUEL. D. MAURICIO.
D. GINÉS. BENITO. Jugadores. Máscaras.

BEN. Mascarita, ¿qué me quieres?

INES. Decirte que sé quien eres.

BEN. No es milagro.
¿Soy yo acaso algun mastuerzo
recien venido del Vierzo
ó de Almagro?
Viendo mi cara y mi porte,
cualquiera sabe en la corte
quien soy yo.

INES. ¿Cualquiera? ¿De qué manera,
si tú eres....

BEN. Quién?

INES. Un cualquiera.

BEN. (Me caló.)
Al menos, no es esta cara
figura de una mampara,
sino mia.

INES. Algo tuyo has de llevar.
¿Quién le ha prestado ese ajuar
al usía?

BEN. (Mutis, que esta me conoce.)
Adios. Ya han dado las doce...

- INES. (*Sujetándole.*)
Quieto, quieto!
O sé franco, ó te confundo,
y ha de saber todo el mundo
tu secreto.
- BEN. Bien. (Qué diablo de mujer!)
Escucha: vas á saber
mi flaqueza.
Confieso que la fortuna
no me ha dado ilustre cuna
ni riqueza.
No obstante, nobles y ricos,
sé yo de muchos borricos...
oh despecho!...
que felices en amores
pasan la vida entre flores.
- INES. Es un hecho.
- BEN. Y todo lo hace la ropa.
Hay hombre que anda á la sopa —
suerte fea! —
y si le refunde un sastre,
con el duque de Lancastre
se tutea.
Ahora bien, sin ser hidalgo,
yo sé, niña, lo que valgo.
- INES. Qué modesto!
- BEN. Y vengo á hacer cabótaje
esta noche con el traje
que me he puesto.
- INES. Oiga!
- BEN. Y llegas muy á punto,
si eres tal como barrunto,
mascarita,
pues durante esta jarana
pienso hacerte mi sultana
favorita.
- INES. (Ah fementido, traidor!)
Mil gracias: de tanto honor
no soy digna;
ni á pescar tan triste barbo
una mujer de mi garbo
se resigna.
- BEN. Y eres tú carne, ó vigilia?
De tí ni de tu familia
¿qué se yo?
¿No puede á un diablo mestizo
encubrir ese postizo
dominó?
Tú ves, máscara, mi juego,
yo el tuyo no, y desde luego
digo amen.
Si uno de los dos engaña
al otro en esta maraña,
quién á quién?
- INES. ¡Truhan de grueso calibre...!
- BEN. Niña!...
- INES. Acaso eres tú libre?
- BEN. Libre soy.
- INES. Mientes!
- BEN. Dices bien; sí, acabo
de mentir; pues soy tu esclavo
desde hoy.
- INES. ¿Así cumples, gran demonio,
con la ley del matrimonio?
- BEN. Yo... Si... Pues...
- INES. No mereces tú la esposa
que tienes.
- BEN. Pche!... Poca cosa.
(Pobre Inés!)
- INES. Algun día, lo sé yo,
bien linda te pareció
la doncella.
- BEN. Ya propia, aquí y en Palermo
huele á puchero de enfermo
la mas bella.
- INES. (Que oiga yo tales baldones
sin darle de bofetones!)
Belcebú!...
Si así huelen las mujeres,
marido ruin; ¿á qué quieres
oler tú?
- BEN. El hombre nunca se gasta:
somos de distinta pasta.
- INES. ¡Mal veneno...!
- BEN. Pues qué! lechuguino charro,
¿no somos todos del barro
damasceno?
- BEN. Segun te muestras airada,
tú debes de ser casada...
- INES. Por mi mal.
- BEN. Y tu marido es un bruto...
- INES. Sí.
- BEN. Que infrinje el estatuto
conyugal.
Usa pues de represalias
y pon á su nombre el *alias*
consabido.
- INES. Si?
- BEN. Arreglémonos los dos...
- INES. ¡Eso dice, Santo Dios,
un marido!
¡Miraos en este espejo,
mujeres! Si ese consejo
que me das
toma un día tu consorte,
como otras ciento en la corte,
qué dirás?
- BEN. O la mato ó me divorcio,
y así del fatal consorcio
me sacudo.
- INES. Eso es obrar como un bey.
- BEN. Pche!...

INES. Y esa ley...
 BEN. Es la ley
 del embudo.
 INES. (Villano!)
 BEN. (Mi señorito
 no dirá que no le imito.)
 INES. (Merecia...)
 BEN. Mas de ese riesgo se salva
 mi mujer.
 INES. Si?
 BEN. Es una malva.
 INES. Si?
 BEN. A fé mia.
 Es incapaz de un desliz,
 y me adora la infeliz
 con delirio.
 INES. Si?
 BEN. Con apacible calma
 sufrirá por mí la palma
 del martirio.
 INES. (No puedo mas.)
 (Pellizcándole.) Insolente!
 BEN. Ay!
 INES. Falso! judío!
 BEN. Tente,
 sierpecilla!
 INES. Me conoces?
 BEN. Sí, en lo suave.
 Eres...
 INES. Bribon!
 BEN. Ya se sabe;
 mi costilla!
 INES. Niega ahora tus bastardos
 instintos, tus picos pardos,
 tus maldades.
 BEN. Todo ha sido... ten prudencia!
 hipocresía, apariencia...
 No te enfades.
 Te conocí desde luego,
 y haciendo el lindo don Diego...
 INES. Mientes, mientes!
 BEN. Lo juro.
 INES. Infiel!
 BEN. Por Dios, calla!
 INES. Pero ¡uñas tengo, canalla,
 tengo dientes!
 BEN. El amo está allí... Qué intentas?
 INES. Bien: ya ajustaremos cuentas.
 Ese fraque...
 BEN. Tramoyas de don Miguel.
 Así me disfrazaba aquel
 badulaque.
 INES. Para qué?
 BEN. Ya lo sabrás.
 (Desprendiéndose del brazo de Inés.)
 Ahora no puedo...

INES. Te vas?
 BEN. Es forzoso.
 Ya nos veremos despues,
 y no dudes, cara Inés,
 que tu esposo...
 Mas ¡tú en un baile de máscaras!
 Con qué objeto? Con quién? Cáscaras!
 Me horripilo.

(Se continuará.)

NUEVO MANUAL DE SEÑORITAS.

DEL ARTE DE HACER CORSÉS.

Tela de corsés. El bombasí de Troya de hilo es la tela mas conveniente; el mismo bombasí de algodón es mucho menos caro, pero es mejor desecharlo, porque dura infinitamente menos. Tambien se usan el cutí blanco, el mahon de Indias y el lienzo crudo. Estas dos últimas telas se forran generalmente porque las falta la consistencia: la primera tiene el mismo inconveniente cuando no es enteramente nueva. Tambien se emplea, pero muy rara vez, el tafetan de colores.

Adherentes de los corsés. Estos adherentes son: primero, la ballena de acero, ó sea pequeña planchita de dos pulgadas de ancho y de quince á diez ocho de largo, que debe revestirse ó forrarse, primero con tafetan engomado y despues con piel blanca ó baldés: segundo, las ballenas: primero de dos filetes de barba de ballena, de media pulgada de ancho y poco mas ó menos del mismo largo que la de acero para ponerlas detrás; las ballenas de acero son preferibles, y despues de otros trozos de ballena en número de seis á ocho y de igual largura que se ponen en la parte superior de la delantera del corsé á derecha é izquierda de la ballena de acero: tercero, una cinta de hilo del ancho de esta para servir de funda y sostener á la vez los ojetes y contener las ballenas de atrás: cuarto, una cinta de hilo estrecha para ribetear todo

el contorno del corsé: quinto, elásticos cuando no tienen ballena de acero.

Voy á indicar muy detalladamente los medios de hacer los corsés usuales y dar algunas nociones solamente sobre los elásticos.

Piezas de los corsés. De cualquiera especie que sean los corsés, se componen siempre de dos pedazos cortados á lo largo, pero tres ó cuatro veces mas anchos, que se llaman delanteras; de dos tiras sesgadas por un solo lado, que son las hombreras ú hombrillos; de dos anchos cuadrillos ó cuadrados para abajo, cortados como las pequeñas puntas ó picos de vestido; de otros cuadrillos mas arriba; de un pedazo de forro para sostener las ballenas de adelante á cada lado de la ballena de acero. Ya hemos dicho que el número de los cuadrillos varía; su forma no varía menos tampoco.

Corsé de un solo cuadrillo. Siendo este género de corsés el mas fácil de cortar y de coser, empiezo por su descripción que, una vez comprendida bien, ayudará á concebir la esplicacion de todos los otros; por eso daré los detalles mas minuciosos.

Tómense cerca de dos pies de bombasí de Troya fuerte, téngase aparte el patron del corsé que se quiere hacer. Es fácil procurarse uno, sea imitando el corsé que se lleva habitualmente, sea recurriendo á los de las personas conocidas, ó bien aun cortando las partes principales por otro un poco diferente, tal como un corsé de cuadrillos dobles, uno forrado, etc., porque para sacar este patron (así como todos los demás), es menester doblar los cuadrillos sobre ellos mismos y acercar las dos costuras una á otra, sujetándolas fuertemente con un alfiler: de modo que el ensanche producido por los cuadrillos no aparezca ya. Esta parte del corsé se presentará como si no hubiese tal cuadrillo, y se puede en consecuencia cortar el patron, salvo el poner en esta parte ó en la inmediata á ella la anchura del cuadrillo que se suprime; por ejemplo, si el corsé modelo tiene un cuadrillo atrás, y que esta se suprima, hay que añadir á la anchura que la línea del

sesgo produce en lo bajo de la trasera otra nueva anchura que pueda reemplazar al cuadrillo suprimido. Y si de los cuadrillos de la parte superior de lo alto del corsé se suprime uno, se aumentará al que queda la mitad de la anchura del suprimido, y lo restante de dicha anchura se pondrá al biés de la costura de la ballena de que voy á hablar, ó al biés de debajo del brazo si hay costura en esta parte. Terminadas estas operaciones preliminares, se fijará un papel con alfileres al rededor de la parte del corsé de donde se quiere sacar ó *levantar* el patron; se cuidará de aplicar bien este papel en el sentido de la tela de que ni uno ni otro se tuerzan, y se cortará al rededor de esta parte dejando algunas líneas de mas al papel para los dobleces de las costuras. Si el trozo modelo tiene cuadrillos doblados (que suprimir ó no), una de las costuras que se han unido será mas corta que la otra; hay que guardarse bien de imitar esta diferencia, y por el contrario cortar como lo indicará la costura mas larga, salvo á recortar en seguida algunos hilos si hay lugar á ello. En el caso en que el cuadrillo deba quedar, hay que rasgar longitudinalmente el papel á lo largo de la costura hasta el punto mas estrecho del cuadrillo, porque esta cortadura se empieza siempre en los cuadrillos sean de arriba ó de abajo por la parte mas ancha de este pedazo, porque estando cubierto con el patron, lo alto de la costura del cuadrillo modelo no se sabría de qué punto partir; en lugar que se vé muy bien lo bajo, y que se está guiado por la costura á medida que se corta.

El patron de este pedazo, así cortado, se quitan los alfileres, y se pone á un lado doblándolo, porque las cortaduras preparadas para recibir los cuadrillos producen tiritas muy fáciles de rasgarse. Se continuará del modo que acabo de describir hasta que se tenga el modelo de todas las partes de que se compone el corsé; como todas estas son dobles, bastará con sacar el patron de la mitad de aquel; es inútil advertir que se desdoblarán los cuadrillos para sacar su patron. Será mas espedi-

tivo colocar la tela misma sobre el corsé-modelo y cortarlo desde luego, como he enseñado para el papel; pero si se cometen equivocaciones, serán irreparables; la estension y firmeza del bombasí embarazarán mucho, y en fin no se tendrá la ventaja de entrecortar, es decir, de colocar el ángulo saliente de un pedazo en el entrante de otro, lo que economiza mucha tela; esto se consigue muy fácilmente estendiendo el bombasí sobre una mesa, y las diferentes partes del patron sobre aquel; habrá que sujetarlas tambien con alfileres para que no se muevan ni se escurran y hagan hacer un falso corte.

El bombasí debe colocarse al través, es decir, de modo que su orilla se encuentre arriba ó abajo del corsé; se coloca ordinariamente en sentido contrario, pero una hábil corsetera pretende que atravesado es mucho mejor; yo no he hecho la esperiencia. Se cortarán primero las delanteras del corsé, despues las traseras, luego los hombrillos y cuadrillos, como las figuras ya indicadas, cortando la tela á lo largo del modelo de papel. Se harán en seguida unos dobleces anchos á una delantera y una trasera en todos los sitios destinados á las costuras; se aplicarán estos sobre sus iguales, se sujetarán con algunos alfileres, y se doblarán las orillas de estos segundos pedazos; este es el medio de obtener á la vez un doblez bien igual en los pedazos correspondientes y de remediar los errores que pueden cometerse en el corte.

Lo mismo se obrará respecto á los cuadrillos: además será bueno trazar con un lápiz la estension que se quiere dar á la costura rebatida del cuadrillo, ó mejor dicho, á qué distancia de su doblez se quiere coser. Como los cuadrillos se colocan, se hacen y cosen por encima, esta precaucion es necesaria.

El sesgo de las delanteras debe tener un doblez de cerca de media pulgada, porque este doblez (sin estar cosido) en cada lado de la costura que une las delanteras sirve para sostener y forrar la bolsa longitudinal de la ballena; á este efecto está sostenido á derecha é izquierda por la cinta

ancha de hilo que se pone mas tarde para formar esta bolsa.

El doblez de la parte al hilo de las traseras debe ser aun mas ancho, pues debe sostener á la vez la ballena y la fila de *ojetes* (pequeños anillos por los que se pasa el cordoncillo); este doblez no debe tener menos de dos pulgadas. Diré como debe cubrirse con una ancha cinta de hilo.

Preparados todos los dobleces, se hilvanan los mas anchos de las delanteras y traseras, y los otros se marcarán solamente doblándolos y apretándolos fuertemente entre el dedo pulgar y el índice de la mano derecha. Se unirán en seguida los sesgos de las dos delanteras por un hilvan á puntada corta por el revés. Se colocarán las partes al hilo sobre los sesgos de las traseras, y esto por el derecho para ser pespunteados. Lo mismo se colocarán los cuadrillos, es decir, por el derecho. Los que se ponen en la parte baja de la delantera que se llaman *cuadrillos del vientre*, tienen su parte al hilo al lado del sesgo de dicha delantera, y su sesgo al de la parte al hilo de aquella. Los cuadrillos de arriba, llamados *del pecho*, tienen tan pronto su sesgo á la derecha como á la izquierda de la ballena; muchas veces no tienen sesgo mas que en su parte inferior, y otras no tienen ninguno. Daremos las diferentes formas de que se varían cuando tratemos de los cuadrillos dobles.

Solo falta poner los hombrillos. Se aplicará al derecho del corsé la parte *d* sobre la *e* de la delantera cortada á este efecto y completada con la union de la trasera. No se hilvanan los hombrillos mas que por la parte ancha, la estrecha queda libre, y no se coserá á la parte de adelante que viene inmediatamente despues de la escotadura ó sesgadura de debajo del brazo, sino cuando probando el corsé se vea el largo que hay que darle; es por lo que al cortarle se le dá una pulgada mas de largo para poderlo encoger ó alargar como se quiera. Los fabricantes de corsés lo hilvanan provisionalmente para ensayarlo, y no le cosen en seguro hasta entregar el corsé.

Cuando está de este modo hilvanado á

puntada corta, se hacen los ojete (los describiré cuando se trate de coser el corsé) con el fin de poderlo hacer se tenga sobre vos, y se hace á una persona diestra que os lo pruebe; es bien importante que la que lo ensaye lo entienda, porque de otro modo para remediar algunas pequeñas faltas os aconsejaria defectos enormes que os seria imposible remediar, pues vuestra guia os estraviaria de mas en mas, y no podríais juzgarlo por vos misma. Si el corsé se hace para otra persona, ó que por casualidad tengais una parienta, una amiga ó una doncella enteramente de vuestra talla, (lo que es muy casual), probar vos misma vuestra labor, rectifiquense los defectos, recogiendo con alfileres las partes muy anchas y soltando un poco el hilvan en las muy estrechas. Si la anchura (sobre todo en los cuadrillos del pecho), es demasiado poco considerable para soportar un pliegue, trácese con un lápiz el sitio en que se deba colocar la costura. Además será bueno marcar tambien con lápiz los sitios replegados con alfileres cuando os hayais quitado el corsé, porque al deshilvanar para hacer la

costura mas próxima, se podria perder la medida del doblez. Es verdad que se puede pasar de antemano longitudinalmente un alfiler sobre dicho doblez; pero el trozo de lápiz me parece preferible para todas las telas que sean susceptibles de lavarse, porque es mas sólido y cómodo.

Si hay muchos defectos que corregir en el corsé, habrá que ensayarlo de nuevo luego que se hayan corregido; en caso contrario, se puede coser inmediatamente despues de haber, midiendo, arreglado los pequeños defectos. Ved aquí cómo se cose el corsé: estos principios de costura son aplicables á toda especie de corsés.

(Se continuará.)

Solucion del logogrifo anterior.

Los diferentes caracteres originan muchas cuestiones.

CADIZ: 1857.—Imprenta de la Revista Médica.

